

## MES DE MARÍA

(Texto extraído de “Las Glorias de María”, de San Alfonso María de Ligorio)

Puede realizarse en cualquier época del año.

En Argentina el Mes de María va desde el 7 de noviembre hasta el 8 de diciembre que es la Inmaculada Concepción de la Virgen. En cambio en Europa el Mes de María es el mes de mayo.

Comenzar y finalizar cada día con la Señal de la Cruz. Leer, meditar y rezar lo propio del día.

### **DÍA 1: Conversión de María, la pecadora, en la hora de la muerte**

Se cuenta en la vida de sor Catalina de San Agustín que en el mismo lugar donde vivía esta sierva de Dios habitaba una mujer llamada María que en su juventud había sido una pecadora y aún de anciana continuaba obstinada en sus perversidades, de modo que, arrojada del pueblo, se vio obligada a vivir confinada en una cueva, donde murió abandonada de todos y sin los últimos sacramentos, por lo que la sepultaron en descampado.

Sor Catalina, que solía encomendar a Dios con gran devoción las almas de los que sabía que habían muerto, después de conocer la desdichada muerte de aquella pobre anciana, ni pensó en rezar por ella, teniéndola por condenada como la tenían todos.

Pasaron cuatro años, y un día se le apareció un alma en pena que le dijo:

– Sor Catalina, ¡qué desdicha la mía! Tú encomiendas a Dios las almas de los que mueren y sólo de mi alma no te has compadecido.

– ¿Quién eres tú? –le dijo la sierva de Dios.

– Yo soy –le respondió –la pobre María que murió en la cueva.

– Pero ¿te has salvado? –replicó sor Catalina.

– Sí, me he salvado por la misericordia de la Virgen María.

– Pero ¿cómo?

– Cuando me vi a las puertas de la muerte, viéndome tan llena de pecados y abandonada de todos, me volví hacia la Madre de Dios y le dije: Señora, tú eres el refugio de los abandonados; ahora yo me encuentro desamparada de todos; tú eres mi única esperanza, sólo tú me puedes ayudar, ten piedad de mí. La santa Virgen me obtuvo un acto de contrición, morí y me salvé; y ahora mi reina me ha otorgado que mis penas se abreviaran haciéndome sufrir en intensidad lo que hubiera debido purgar por muchos años; sólo necesito algunas misas para librarme del purgatorio. Te ruego las mandes celebrar que yo te prometo rezar siempre, especialmente a Dios y a María, por ti.

### ORACIÓN A MARÍA, REINA MISERICORDIOSA

Madre de Dios y señora mía, María.

Como se presenta a una gran reina  
un pobre andrajoso y llagado,  
así me presento a ti, reina de cielo y tierra.

Desde tu trono elevado dígnate  
volver los ojos a mí, pobre pecador.

Dios te ha hecho tan rica

para que puedas socorrer a los pobres,  
 y te ha constituido reina de misericordia  
 para que puedas aliviar a los miserables.  
 Mírame y ten compasión de mí.  
 Mírame y no me dejes;  
 cámbiame de pecador en santo.

Veo que nada merezco y por mi ingratitude  
 debiera verme privado de todas las gracias  
 que por tu medio he recibido del Señor.  
 Pero tú, que eres reina de misericordia,  
 no andas buscando méritos,  
 sino miserias y necesidades que socorrer.  
 ¿Y quién más pobre y necesitado que yo?

Virgen excelsa, ya sé que tú,  
 siendo la reina del universo,  
 eres también la reina mía.  
 Por eso, de manera muy especial,  
 me quiero dedicar a tu servicio,  
 para que dispongas de mí como te agrade.  
 Te diré con san Buenaventura: Señora,  
 me pongo bajo tu servicio  
 para que del todo me moldees y dirijas.  
 No me abandones a mí mismo;  
 gobiérname tú, reina mía. Mándame a tu arbitrio  
 y corrígeme si no te obedeciera,  
 porque serán para mí muy saludables  
 los avisos que vengan de tu mano.

Estimo en más ser tu siervo  
 que ser el dueño de toda la tierra.  
 "Soy todo tuyo, sálvame" (Sal 118, 94).  
 Acéptame por tuyo y líbrame.  
 No quiero ser mío; a ti me entrego.  
 Y si en lo pasado te serví mal,  
 perdiendo tan bellas ocasiones de honrarte,  
 en adelante quiero unirme a tus siervos  
 los más amantes y más fieles.  
 No quiero que nadie me aventaje  
 en honrarte y amarte, mi amable reina.  
 Así lo prometo y, con tu ayuda,  
 así espero cumplirlo. Amén. Amén.

Rezar tres Avemarias.

<b>DÍA 2: Muere santamente un escocés convertido al catolicismo</b>
---

Se narra en la historia de las fundaciones de la Compañía de Jesús en el reino de Nápoles de un noble joven escocés llamado Guillermo Elphinstone. Era pariente del rey Jacobo, y habiendo nacido en la herejía, siguió en ella; pero iluminado por la gracia divina, que le iba haciendo ver sus errores, se trasladó a Francia, donde con la ayuda de un buen padre, también escocés, y, sobre todo, por la intercesión de la Virgen María, descubrió al fin la verdad, abjuró la herejía y se hizo católico. Fue después a Roma. Un día lo vio un amigo muy afligido y lloroso, y preguntándole la causa le respondió que aquella noche se le había aparecido su madre, condenada, y le había dicho: “Hijo, feliz de ti que has entrado en la verdadera Iglesia; yo, por haber muerto en la herejía, me he perdido”. Desde entonces se enfervorizó más y más en la devoción a María, eligiéndola por su única madre, y ella le inspiró hacerse religioso, a lo que se obligó con voto. Pero como estaba enfermo, se dirigió a Nápoles para curarse con el cambio de aires. Y en Nápoles quiso Dios que muriese siendo religioso. En efecto, poco después de llegar, cayó gravemente enfermo, y con plegarias y lágrimas impetró de los superiores que lo aceptasen. Y en presencia del Santísimo Sacramento, cuando le llevaron el Viático, hizo sus votos y fue declarado miembro de la Compañía de Jesús.

Después de esto, era de ver cómo enternecía a todos con las expresiones con que agradecía a su madre María el haberlo llevado a morir en la verdadera Iglesia y en la casa de Dios, en medio de los religiosos sus hermanos. “¡Qué dicha –exclamaba- morir en medio de estos ángeles!” Cuando le exhortaban para que tratara de descansar, respondía: “¡No, ya no es tiempo de descansar cuando se acerca el fin de mi vida!” Poco antes de morir dijo a los que le rodeaban: “Hermanos, ¿no veis los ángeles que me acompañan?” Habiéndole oído pronunciar algunas palabras entre dientes, un religioso le preguntó qué decía. Y le respondió que el ángel le había revelado que estaría muy poco tiempo en el purgatorio y que muy pronto iría al paraíso. Después volvió a los coloquios con su dulce madre María. Y diciendo: “¡Madre, madre!”, como niño que se reclina en los brazos de su madre para descansar, plácidamente expiró. Poco después supo un religioso, por revelación, que ya estaba en el paraíso.

### ORACIÓN A MARÍA, MADRE DE LOS PECADORES

Madre mía amantísima, ¿cómo es posible  
que teniendo madre tan santa sea yo tan malvado?

¿Una madre ardiendo en amor a Dios

y yo apegado a las criaturas?

¿Una madre tan rica en virtudes

y yo tan pobre en merecimientos?

Madre mía amabilísima, no merezco ser tu hijo,  
pues me hice indigno por mi mala vida.

Me conformo con que me aceptes por siervo;

y para lograr serlo, aun el más humilde,

estoy pronto a renunciar a todas las cosas.

Con esto me contento, pero no me impidas  
poderte llamar madre mía.

Este nombre me consuela y entenece,

y me recuerda mi obligación de amarte.

Este nombre me obliga a confiar siempre en ti.

Cuanto más me espantan mis pecados  
y el temor a la divina justicia,  
más me reconforta el pensar  
que tú eres la madre mía.  
Permíteme que te diga: Madre mía.  
Así te llamo y siempre así te llamaré.

Tú eres siempre, después de Dios,  
mi esperanza, mi refugio y mi amor  
en este valle de lágrimas.  
Así espero morir,  
confiando mi alma en tus santas manos  
y diciéndote: Madre mía, madre mía María;  
ayúdame y ten piedad de mí. Amén.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 3: Muerte santa de una pastorcilla**

Narra el P. Auriema que una pobra pastorcilla que guardaba su rebaño amaba tanto a María, que toda su delicia consistía en ir a la ermita de nuestra Señora que había en el monte y estarse allí, mientras pastaba el rebaño, hablando y haciendo homenajes a su amada Madre. Como la imagen, que era de talla, estaba desprovista de adornos, como pudo le hizo un manto. Otro día, con flores del campo hizo una guirnalda y subiendo sobre el altar puso la corona a la Virgen, diciendo: “Madre mía, bien quisiera ponerte corona de oro y piedras preciosas, pero como soy pobre recibe de mí esta corona de flores y acéptala en señal del amor que te tengo”. Con éstos y otros obsequios procuraba siempre esta devota jovencita servir y honrar a su amada Señora.

Pero veamos cómo recompensó esta buena Madre las visitas y el amor de esta hija suya.

Cayó la joven pastorcita gravemente enferma, y sucedió que dos religiosos pasaban por aquellos parajes. Cansados del viaje, se pusieron a descansar bajo un árbol. Uno de ellos dormía, pero ambos tuvieron la misma visión. Vieron una comitiva de hermosísimas doncellas, entre las que descollaba una en belleza y majestad. “¿Quién eres, señora, y dónde vas por estos caminos?”, le preguntó uno de los religiosos a la doncella de sin igual majestad. “Soy la Madre de Dios –le respondió– que voy con estas santas vírgenes a visitar a una pastorcilla que en la próxima aldea se halla moribunda y que tantas veces me ha visitado”. Dicho esto, desapareció la visión. Los dos buenos siervos de Dios se dijeron: “Vamos nosotros también a visitarla”. Se pusieron en camino y pronto encontraron la casita y a la pastorcita en su lecho de paja. La saludaron y ella les dijo: “Hermanos, rogad a Dios que os haga ver la compañía que me asiste”. Se arrodillaron y vieron a María que estaba junto a la moribunda con una corona en la mano y la consolaba. Luego las santas vírgenes de la comitiva iniciaron un canto dulcísimo. En los transportes de tan celestial armonía y mientras María hacía ademán de colocarle la corona, la bendita alma de la pastorcita abandonó su cuerpo yendo con María al paraíso.

ORACIÓN PARA ALCANZAR EL AMOR DE MARÍA

¡María, tú robas los corazones!  
 Señora, que con tu amor y tus beneficios  
 robas los corazones de tus siervos,  
 roba también mi pobre corazón  
 que tanto desea amarte.  
 Con tu belleza has enamorado a Dios  
 y lo has atraído del cielo a tu seno.  
 ¿Viviré sin amarte, madre mía?  
 No quiero descansar hasta estar cierto  
 de haber conseguido tu amor,  
 pero un amor constante y tierno  
 hacia ti, madre mía,  
 que tan tiernamente me has amado  
 aun cuando yo era tan ingrato.  
 ¿Qué sería de mí, María,  
 si tú no me hubieras amado  
 e impetrado tantas misericordias?  
 Si tanto me has amado cuando no te amaba,  
 cuánto confío en tu bondad ahora que te amo.

Te amo, madre mía,  
 y quisiera un gran corazón que te amara  
 por todos los infelices que no te aman.  
 Quisiera una lengua  
 que pudiera alabarte por mil,  
 y dar a conocer a todos tu grandeza,  
 tu santidad, tu misericordia  
 y el amor con que amas a los que te quieren.  
 Si tuviera riquezas,  
 todas quisiera gastarlas en honrarte.  
 Si tuviera vasallos,  
 a todos los haría tus amantes.  
 Quisiera, en fin, si falta hiciera,  
 dar por ti y por tu gloria hasta la vida.

Te amo, madre mía, pero al tiempo  
 temo no amarte cual debiera  
 porque oigo decir que el amor  
 hace, a los que se aman, semejantes.  
 Y si yo soy de ti tan diferente,  
 triste señal será de que no te amo.  
 ¡Tú tan pura y yo tan sucio!  
 ¡Tú tan humilde y yo tan soberbio!  
 ¡Tú tan santa y yo tan pecador!  
 Pero esto tú lo puedes remediar, María.  
 Hazme semejante a ti pues que me amas.  
 Tú eres poderosa para cambiar corazones;

toma el mío y transfórmalo.  
 Que vea el mundo lo poderosa que eres  
 a favor de aquellos que te aman.  
 Hazme digno de tu Hijo, hazme santo.  
 Así lo espero, así sea.

Rezar tres Avemarias.

#### **DÍA 4: Ernesto, librado de la muerte por María**

Refiere el Belovacense que en la ciudad de Radulfo, en Inglaterra, año 1430, vivía un joven noble llamado Ernesto, quien habiendo distribuido sus bienes entre los pobres entró en un monasterio, donde llevaba una vida tan edificante que los superiores lo apreciaban sobremanera, especialmente por su devoción a la santísima Virgen. En la población se declaró la peste, y la gente acudió al monasterio pidiendo oraciones. El abad mandó a Ernesto que fuera a rogar a la Virgen ante su altar y no se levantase de allí hasta que hubiera obtenido una respuesta de la Señora. Allí estuvo el joven tres días hasta que obtuvo la respuesta de María que mandaba hicieran rogativas, celebradas las cuales cesó la peste.

Pero más tarde este joven se enfrió en la devoción a María. El demonio lo atacó con muchas tentaciones impuras y para que se fugara del monasterio. Por no haberse encomendado a María, decidió fugarse saltando los muros del monasterio. Cuando iba a realizar su intento, al pasar junto a una imagen de María que estaba en el claustro, la Madre de Dios le habló, diciéndole: “Hijo mío, ¿por qué me dejas?” Ernesto, confuso y compungido, cayó en tierra y respondió: “Señora, pero no ves que no puedo resistir más? ¿Por qué no me ayudas?”. La Virgen le respondió: ¿Y tú por qué no me has invocado? Si te hubieras encomendado a mí, no te verías en este estado. De hoy en adelante encomiéndate a mí y no dudes”.

Ernesto volvió a su celda. Pero insistiendo las tentaciones y descuidando el acudir a María, al fin se fugó del monasterio, entregándose a una vida pésima. De pecado en pecado se convirtió en asesino. Tomó en arriendo una posada donde, por la noche, mataba a los pobres viandantes y los despojaba. Una noche mató a un primo del gobernador, el cual, sospechando del ventero, lo procesó y lo condenó a morir en la horca.

Antes de que fuera detenido llegó a la hostería un joven caballero. El malvado ventero, según su costumbre, entró a media noche en su habitación para asesinarlo; pero he aquí que en la cama no vio al caballero, sino un crucificado lleno de llagas que, mirándolo piadosamente, le dijo: “¿No te basta, ingrato, con que yo haya muerto una vez por ti? ¿Quieres volver a matarme? ¡Puedes hacerlo!” El infeliz Ernesto se postró llorando y dijo: “Señor, aquí me tienes; ya que has tenido conmigo tan gran misericordia, quiero convertirme”. En el mismo instante abandonó la posada y emprendió el camino del claustro para hacer penitencia. Pero por el camino lo prendió la justicia; lo llevaron ante el juez, donde confesó todos sus crímenes. Inmediatamente fue condenado a la horca, sin darle tiempo ni a confesarse. Él se encomendó a María, y la Virgen hizo que cuando lo colgaron no muriese. Ella misma lo bajó de la horca y le dijo: “Torna al monasterio, haz penitencia; y cuando veas en mi mano un documento de perdón de tus pecados, prepárate a la muerte”. Ernesto volvió al convento y, habiendo contado todo al abad, hizo penitencia. Pasados los años, vio en manos de María la cédula del perdón. Se preparó a la muerte y santamente entregó su alma.

## ORACIÓN DE CONFIANZA EN MARÍA

¡Reina mía soberana, digna de mi Dios, María!  
 Al verme tan vil y cargados de pecados,  
 no debiera atreverme  
 a acudir a ti y llamarte madre.  
 Merezco, lo sé, que me deseches,  
 pero te ruego que contemples  
 lo que ha hecho y padecido tu Hijo por mí;  
 y después me deseches si puedes.  
 Soy un pecador que, más que otros,  
 ha despreciado la divina Majestad;  
 pero el mal está hecho.

A ti acudo que me puedes auxiliar;  
 ayúdame, Madre mía, y no digas  
 que no puedes ampararme,  
 pues bien sé que eres poderosa  
 y obtienes de tu Dios lo que deseas.  
 Si me dices que no puedes protegerme,  
 dime al menos a quién debo acudir  
 para ser socorrido en mi desgracia  
 y dónde poder refugiarme  
 o en quién pueda más seguro confiar.

Tú, Jesús mío, eres mi padre;  
 y tú mi madre, María.  
 Amás a los más miserables  
 y los andáis buscando para salvarlos.  
 Yo soy reo del infierno,  
 el más mísero de todos.  
 Pero no tienes necesidad de buscarme;  
 ni siquiera lo pretendo.  
 A vosotros me presento con la esperanza  
 de no verme abandonado.  
 Vedme a vuestros pies.  
 Jesús mío, perdóname.  
 María, madre mía, socórreme.

Rezar tres Avemarías.

<b>DÍA 5: Elena, convertida por el rosario</b>
--

Refiere el P. Bovio que había una prostituta llamada Elena; habiendo entrado en la Iglesia, oyó casualmente una predicación sobre el rosario; al salir se compró uno, pero lo llevaba escondido para que no se lo viesen. Comenzó a rezarlo y, aunque lo rezaba sin devoción, la santísima Virgen le otorgó tales consolaciones y dulzuras al recitarlo, que ya no podía dejar de rezarlo. Con esto concibió tal horror a su mala vida, que no podía encontrar reposo, por lo cual se sintió impelida a buscar un confesor; y se confesó con tanta contrición, que éste quedó asombrado.

Hecha la confesión, fue inmediatamente al altar de la santísima Virgen para dar gracias a su abogada. Allí rezó el rosario; y la Madre de Dios le habló así: “Elena, basta de ofender a Dios y a mí; de hoy en adelante cambia de vida, que yo te prometo colmarte de gracias”. La pobre pecadora, toda confusa, le respondió: “Virgen santísima, es cierto que hasta ahora he sido una malvada, pero tú, que todo lo puedes, ayúdame, a la vez que yo me consagro a ti; y quiero emplear la vida que me queda en hacer penitencia de mis pecados”.

Con la ayuda de María, Elena distribuyó sus riquezas entre los pobres y se entregó a rigurosas penitencias. Se veía combatida de terribles tentaciones, pero ella no hacía otra cosa que encomendarse a la Madre de Dios, y así siempre quedaba victoriosa. Llegó a obtener gracias extraordinarias, revelaciones y profecías. Por fin, antes de su muerte, de cuya proximidad le avisó María santísima, vino la misma Virgen con su Hijo a visitarla. Y al morir fue vista el alma de esta convertida volar al cielo en forma de bellísima paloma.

#### ORACIÓN POR LOS MÉRITOS DE JESÚS

¡María, Madre de Dios y mi esperanza!  
Mira a tus pies a un pobre pecador  
que implora tu clemencia.  
Tú eres llamada por toda la Iglesia,  
y por todos los fieles proclamada,  
el refugio de los pecadores.  
Tú eres mi refugio y tú me has de salvar.

Bien sabes cuánto desea tu Hijo salvarnos.  
Sabes lo que sufrió por salvarme.  
Te presento, Madre mía, los sufrimientos de Jesús;  
el frío de la gruta y la huída a Egipto;  
las fatigas y sudores que padeció;  
la sangre que derramó y los dolores que sufrió  
pendiente de la cruz ante tus ojos.  
Dame a conocer cómo amas a tu Hijo  
mientras, por amor a tu Hijo,  
te ruego que me ayudes.  
Dale la mano a un caído que pide piedad.

Si yo fuera santo no necesitaría misericordia,  
pero porque soy pecador  
recurro a ti que eres la madre de la misericordia.  
Yo sé que tu piadoso corazón  
encuentra su consuelo en socorrer a los perdidos



cuando no son obstinados  
 Consuela hoy tu corazón piadoso  
 y consuélame a mí,  
 ya que tienes ocasión de salvarme.

Me pongo en tus manos; dime qué he de hacer  
 y dame fuerzas para cumplirlo,  
 al tiempo que propongo hacer todo lo posible  
 para recobrar la gracia de Dios.  
 Me refugio bajo tu manto.  
 Jesús quiere que yo recurra a ti, que eres su Madre,  
 para que por tu gloria y su gloria  
 no sólo su sangre, sino también sus plegarias,  
 me ayuden a salvarme.  
 Él me manda a ti para que me socorras.

Heme aquí, María;  
 a ti recurro y en ti confío.  
 Tú que ruegas por tantos otros,  
 ruega y di una palabra en mi favor.  
 Di a Dios que quieres que me salve,  
 que Dios ciertamente me salvará.  
 Dile que soy tuyo, nada más te pido.

Rezar tres Avemarías.

#### **DÍA 6: Conversión de santa María Egipciaca**

Es célebre la historia de santa María Egipciaca, que se lee en el libro I de las Vidas de los Padres del desierto. A los doce años se fugó de la casa paterna y se fue a Alejandría, donde con su vida infame se convirtió en el escándalo de la ciudad. Después de dieciséis años de pecado se fue vagando hasta Jerusalén, llegando cuando se celebraba la fiesta de la Santa Cruz. Se sintió movida a entrar en la iglesia, más por curiosidad que por devoción. Pero al intentar franquear la puerta, una fuerza invisible le impedía seguir. Lo intentó por segunda vez, y de nuevo se vio rechazada. Una tercera y cuarta vez, y lo mismo. Entonces la infeliz se postró a un lado del atrio y Dios le dio a entender que por su mala vida la rechazaba hasta de la iglesia. Para su fortuna alzó los ojos y vio una imagen de María pintada sobre el atrio. Se volvió hacia ella llorando y le dijo: “Madre de Dios, ten piedad de esta pobre pecadora. Veo que por mis pecados no merezco ni que me mires, pero eres el refugio de los pecadores; por el amor de Jesucristo ayúdame, déjame entrar en la iglesia, que quiero cambiar de vida y hacer penitencia donde me lo indiques”. Y sintió una voz interior como si le respondiera la Virgen: “Pues ya que has recurrido a mí y quieres cambiar de vida, entra en la iglesia, que ya no estará cerrada en adelante para ti”. Entró la pecadora, lloró y adoró la cruz. Vuelve donde la imagen de la Virgen y le dice: “Señora, estoy pronta; ¿dónde quieres que me retire a hacer penitencia?” “Vete –le dice la Virgen– y pasa el Jordán; allí encontrarás el lugar de tu reposo”. Se confesó y comulgó, pasó el Jordán, llegó al desierto y comprendió que allí era el lugar en que debía hacer penitencia.

En los primeros diecisiete años de desierto, la santa sintió terribles tentaciones del demonio para hacerla recaer. Ella no hacía más que encomendarse a María, y María le impetró fuerzas para resistir todos aquellos años; después, cesaron los combates. Finalmente, pasados cincuenta y siete años en aquel desierto, teniendo ya ochenta y siete años, por providencia divina la encontró el abad Zoísmo. A él le contó toda su vida y le rogó que viniera al año siguiente y le trajera la comunión. Al volver, san Zoísmo la encontró recién muerta, con el cuerpo circundado de luz. A la cabecera estaba escrito: “Sepultad en este lugar el cuerpo de esta pobre pecadora y rogad a Dios por mí”. La sepultó. Y volviendo al monasterio, contó las maravillas que la divina misericordia había realizado en aquella infeliz penitente.

### ORACIÓN DE CONFIANZA EN MARÍA

¡Madre piadosa, Virgen sagrada!  
Mira a tus pies al infeliz  
que, pagando con ingratitudes las gracias de Dios  
recibidas por tu medio, te ha traicionado.  
Señora, ya sabes que mis miserias,  
en vez de quitarme la confianza en ti,  
más bien me la acrecientan.

Dame a conocer, María, que eres para mí  
la misma que para todos los que te invocan:  
rebotante de generosidad y de misericordia.  
Me basta con que me mires y de mí te compadezcas.  
Si tu corazón de mí se apiada,  
no dejará de protegerme.  
¿Y qué puedo temer si tú me amparas?  
No temo ni a mis pecados,  
porque tú remediarás el mal causado;  
no temo a los demonios,  
porque tú eres más poderosa que todo el infierno;  
no temo el rostro de tu Hijo,  
justamente contra mí indignado,  
porque con una sola palabra tuya se aplaca.

Sólo temo que, por mi culpa,  
deje de encomendarme a ti en las tentaciones  
y de ese modo me pierda.  
Pero esto es lo que te prometo,  
quiero siempre recurrir a ti.  
Ayúdame a realizarlo.  
Mira qué ocasión tan propicia  
para satisfacer tus deseos  
de salvar a un infeliz como yo.

Madre de Dios, en ti pongo toda mi confianza.  
De ti espero la gracia

de llorar como es debido mis pecados  
 y la gracia de no volver a caer.  
 Si estoy enfermo,  
 tú puedes sanarme, médica celestial.  
 Si mis culpas me han debilitado,  
 con tu ayuda me haré vigoroso.  
 María, todo lo espero de ti  
 porque eres la más poderosa ante Dios. Amén.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 7: María asiste a una moribunda abandonada**

Estaba un párroco asistiendo a un rico que moría en lujosa mansión rodeado de servidumbre, parientes y amigos; pero vio también a los demonios, en formas horribles, que estaban dispuestos a llevarse su alma a los infiernos por haber vivido y morir en pecado.

Después fue avisado el párroco para asistir a una humilde mujer que se moría y deseaba recibir los Sagrados Sacramentos. No debiendo dejar al rico, tan necesitado de ayuda, mandó un coadjutor, quien llevó a la enferma el santo viático.

En la casa de aquella buena mujer no vio criados ni acompañantes, ni muebles preciosos, porque la enferma era pobre y tenía por lecho uno de paja. Pero ¿qué vio? Vio que la estancia se iluminaba con gran resplandor y que junto al lecho de la moribunda estaba la Madre de Dios, María, que la estaba consolando. Ante su turbación, la Virgen le hizo al sacerdote señal de entrar. La Virgen le acercó el asiento para que atendiera en confesión a la enferma. Ésta se confesó y comulgó con gran devoción y expiró, dichosa, en brazos de María.

### ORACIÓN POR UNA BUENA MUERTE

¡Dulce Madre mía! ¿Cuál será mi muerte?  
 Cuando pienso en el momento  
 en que me presente ante Dios,  
 recordando que con mi conducta  
 tantas veces firmé mi condena,  
 tiemblo, me confundo y me inquieto  
 por mi eterna salvación.

María, en la sangre de Jesús y en tu intercesión,  
 tengo la esperanza mía.  
 Eres señora del cielo y reina del universo;  
 basta decir que eres la Madre de Dios.  
 Eres lo más sublime, pero tu grandeza,  
 lejos de desentenderte, más te inclina  
 a compadecerte de nuestras miserias.  
 Los mundanos en la cumbre de sus honores  
 se alejan de los antiguos amigos  
 y se desdeñan de tratar con los poco afortunados.

No obra así tu corazón noble y amoroso;  
 mientras más miserias contempla,  
 más se empeña en socorrerlas.  
 Apenas se te invoca,  
 vuelas en socorro del necesitado  
 y te adelantas a nuestras plegarias.  
 Tú nos consuelas en nuestras aflicciones,  
 disipas las tempestades  
 y en toda ocasión procuras nuestro bien.

Bendita sea la divina mano que en ti ha unido  
 tanta majestad con tal ternura,  
 tanta eminencia con tanto amor.  
 Doy gracias siempre a mi Señor y me alegro  
 porque de tu dicha depende la mía  
 y mi destino está unido al tuyo.  
 Consoladora de afligidos,  
 consueta a un afligido que a ti se encomienda.

Los remordimientos de conciencia me atormentan,  
 tanto por los pecados cometidos  
 como por la incertidumbre  
 de si los he llorado cual debía.  
 Veo todas mis obras  
 llenas de fango y de defectos.  
 El infierno está esperando  
 mi muerte para acusarme.  
 Madre mía, ¿qué será de mí?  
 Si no me amparas estoy perdido.  
 ¿Qué me dices? ¿Querrás ayudarme?

Virgen piadosísima, protégeme.  
 Obténme verdadero dolor de mis pecados;  
 dame fuerzas para enmendarme  
 y serle fiel a Dios en adelante.  
 Y cuando esté para morir,  
 María, esperanza mía, no me abandones.  
 Entonces más que nunca asísteme  
 y confórtame para que no desespere.  
 Perdona, Señora, mi atrevimiento;  
 ven con tu presencia a consolarme.  
 A tantos has hecho esta gracia,  
 que también yo la deseo;  
 si grande es mi audacia, mayor es tu bondad,  
 que a los más miserables  
 vas buscando para consolarlos.

En tu bondad confío.  
 Sea gloria tuya para siempre  
 haber salvado del infierno  
 a quien a él estaba condenado  
 y haberle conducido a tu reino,  
 donde espero gozar la gran ventura  
 de estar siempre a tus pies agradecido  
 y bendiciéndote y amando eternamente.  
 ¡María, yo te espero!  
 No me hagas quedar desconsolado.  
 Hazlo así; amén, así sea.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 8: Un devoto esposo y su mujer desesperada**

Se refiere en la cuarta parte del Tesoro del rosario que había un caballero devotísimo de la Madre de Dios que había mandado hacer en su palacio un pequeño oratorio en el que ante una hermosa imagen de la Virgen solía pasar los ratos rezando, no sólo de día, sino por la noche, interrumpiendo el descanso para ir a visitar a su amada Señora. Su esposa, dama por lo demás muy piadosa, observando que su marido, con el mayor sigilo, se levantaba del lecho, salía del cuarto y no volvía sino después de mucho tiempo, cayó la infeliz en sospechas de infidelidad. Un día, para librarse de esta espina que la atormentaba, se atrevió a preguntar a su marido si amaba a otra más que a ella. El caballero, con una sonrisa, le respondió: “Sí, claro, yo amo a la señora más amable del mundo. A ella le he entregado todo mi corazón; antes prefiero morir que dejarla de amar. Si tú la conocieras, tú misma me dirías que la amase más aún de lo que la amo”. Se refería a la santísima Virgen, a la que tan tiernamente amaba. Pero la esposa, despedazada por los celos, para cerciorarse mejor le preguntó si se levantaba de noche y salía de la estancia para encontrarse con la señora. Y el caballero, que no sospechaba la gran agitación que turbaba a su mujer, le respondió que sí. La dama, dando por seguro lo que no era verdad y ciega de pasión, una noche en que el marido, según costumbre, salió de la estancia, desesperada, tomó un cuchillo y se dio un tajo mortal en el cuello.

El caballero, habiendo cumplido sus devociones, volvió a la alcoba, y al ir a entrar en el lecho lo sintió todo mojado. Llama a la mujer y no responde. La zarandea y no se mueve. Enciende una luz y ve el lecho lleno de sangre y a la mujer muerta. Por fin se dio cuenta de que ella se había matado por celos. ¿Qué hizo entonces? Volvió apresuradamente a la capilla, se postró ante la imagen de la Virgen y llorando devotamente rezó así: Madre mía, ya ves mi aflicción. Si tú no me consuelas, ¿a quién puedo recurrir? Mira que por venir a honrarte me ha sucedido la desgracia de ver a mi mujer muerta. Tú, que todo lo puedes, remédialo.

¿Y quién de los que ruegan a esta madre de misericordia con confianza no consigue lo que quiere? Después de esta plegaria siente que le llama una sirvienta y le dice: “Señor, vaya al dormitorio, que le llama la señora”. El caballero no podía creerlo por la alegría. “Vete –dijo a la doncella–, mira bien a ver si es ella la que me reclama”. Volvió la sirvienta, diciendo: “Vaya pronto, Señor, que la señora le está esperando”. Va, abre la puerta y ve a la mujer viva, que se echa a los pies llorando y le ruega que la perdone, diciéndole: “Esposo mío, la Madre de Dios, por tus plegarias, me ha librado del infierno”. Y llorando los dos de alegría fueron a agradecer a

la Virgen en el oratorio. Al día siguiente mandó preparar un banquete para todos los parientes, a los que les refirió todo lo sucedido la propia mujer. Y les mostraba la cicatriz que le quedó en el cuello. Con esto, todos se inflamaron en el amor a la Virgen María.

### ORACIÓN ESPERANZADA EN MARÍA

¡Madre del santo amor!  
 ¡Vida, refugio y esperanza nuestra!  
 Bien sabes que tu Hijo Jesucristo,  
 además de ser nuestro abogado perpetuo  
 ante su eterno Padre,  
 quiso también que tú fueras  
 ante él intercesora nuestra  
 para impetrarnos las divinas misericordias.  
 Ha dispuesto que tus plegarias  
 ayuden a nuestra salvación;  
 les ha otorgado tan gran eficacia,  
 que obtienen de él cuanto le piden.

A ti, pues, acudo, Madre,  
 porque soy un pobre pecador.  
 Espero, Señora, que me he de salvar  
 por los méritos de Cristo y por tu intercesión.  
 Así lo espero, y tanto confío  
 que si de mí dependiera mi salvación  
 en tus manos la pondría,  
 porque más me fío de tu misericordia y protección  
 que de todas las obras mías.

No me abandones, Madre y esperanza mía,  
 como lo tengo merecido.  
 Que te mueva a compasión mi miseria;  
 socórreme y sálvame.  
 Con mis pecados he cerrado la puerta  
 a las luces y gracias  
 que del Señor me habías alcanzado.  
 Pero tu piedad para con los desdichados  
 y el poder de que dispones ante Dios  
 superan al número y malicia de mis pecados.

Conozcan cielo y tierra,  
 que el protegido por ti jamás se pierde.  
 Olvídense todos de mí,  
 con tal de que de mí no te olvides,  
 Madre de Dios omnipotente.  
 Dile a Dios que soy tu siervo,  
 que me defiendes y me salvaré.

Yo me fío de ti, María;  
 en esta esperanza vivo  
 y en ella espero morir diciendo:  
 “Jesús es mi única esperanza,  
 y tú, después de Jesús, Virgen María”.

Rezar tres Avemarias.

### **DÍA 9: Favor de María hacia un pecador**

Refiere el venerable Juan Herolt, que se llamaba por humildad el Discípulo, que había un casado en desgracia de Dios. No pudiendo su esposa hacerle desistir del pecado, le suplicó que al menos, en aquel miserable estado, tuviera para con la Madre de Dios la atención de que siempre que pasara ante alguna imagen suya la saludara con el Ave María. Y el marido comenzó esa devoción.

Yendo una noche aquel malvado a pecar, vio una luz; se fijó y advirtió que era una lámpara que ardía ante una devota imagen de María con el Niño Jesús en los brazos. Rezó su Ave María como de costumbre, pero después ¿qué es lo que vio? Vio al Niño cubierto de llagas que manaban fresca sangre. Entonces, a la vez aterrado y enternecido, pensando que él con sus delitos había llagado así a su Redentor, rompió a llorar. Y observó que el Niño le volvía la espalda, por lo que, lleno de confusión, recurrió a la Virgen santísima, diciéndole: “Madre de misericordia, tu Hijo me rechaza; yo no puedo encontrar abogada más piadosa y poderosa que tú que eres mi Madre; Reina mía, ayúdame y ruégale por mí”. La Madre de Dios le respondió desde la imagen: “Vosotros, pecadores, me llamáis madre de misericordia, pero luego no dejáis de hacerme madre de miserias renovando la pasión de mi Hijo y mis dolores”.

Pero como María no es capaz de dejar desconsolado al que se postra a sus pies, se volvió a rogar a su Hijo que perdonase a aquel pecador. Jesús seguía reacio a perdonarle. Y la Virgen, dejando al Niño en la sede, se postró ante él diciendo: “Hijo mío, mírame a tus pies pidiendo perdón por este pecador”. Y entonces Jesús le dijo: “Madre, yo no te puedo negar nada. ¿Quieres que le perdone? Yo por tu amor le perdono; que se acerque y me bese estas llagas”. Se acercó el pecador llorando copiosamente, y conforme besaba las llagas del Niño éstas se iban cerrando. Por fin Jesús le dio un abrazo como muestra de perdón. El hombre cambió de vida, llevando en adelante una vida santa, devotísimo de la Virgen que le había obtenido gracia tan extraordinaria.

### ORACIÓN PARA PARTICIPAR EN LOS MÉRITOS DE CRISTO

Bendigo, Virgen María, tu corazón generoso  
 que es la delicia y el descanso de Dios.  
 Corazón lleno de humildad,  
 de pureza y de amor de Dios.

Yo, infeliz pecador, me llevo a ti  
 con el corazón enfangado y llagado.  
 Madre piadosa, no me desprecies por esto,  
 sino muévete a mayor compasión para ayudarme.

No busques en mí, para auxiliarme,  
ni virtud ni méritos.

Estoy perdido y sólo merezco el infierno.  
Mira sólo, te lo pido, la confianza que pongo en ti  
y la voluntad resuelta de enmendarme.  
Mira lo que Jesús ha hecho y padecido por mí.  
Te presento las penas de su vida,  
el frío de Belén y el viaje a Egipto;  
la pobreza, la sangre derramada,  
los sudores y tristezas,  
la muerte que ante ti soportó por amor mío;  
por amor de Jesús empéñate en salvarme.

No puedo ni quiero temer, María,  
que vayas a dejarme;  
por eso a ti recurro en busca de socorro.  
Si temiera, haría injuria a tu misericordia  
que busca ayudar a los necesitados.  
No niegues tu piedad, Señora,  
a quien Jesús no ha negado su sangre.  
Mas esos méritos no se me aplicarían  
si tú no intercedes por mí ante Dios.  
De ti espero mi eterna salvación.

No te pido ni honores ni riquezas;  
te pido gracia de Dios y amor a tu Hijo;  
cumplir su santa voluntad,  
y el paraíso para amarlo eternamente.  
¿Será posible que no me ayudes?  
No, que ya me ayudas como espero;  
rezas por mí, me otorgas lo que pido  
y me aceptas bajo tu protección.  
No me dejes, Madre mía;  
sigue rezando por mí hasta que me veas  
salvo a tus plantas en el cielo,  
bendiciéndote y dándote gracias siempre. Amén.

Rezar tres Avemarías.

<b>DÍA 10: María socorre a san Francisco de Sales</b>
---

Muy bien experimentó la fuerza de esta oración (“Acordaos”) san Francisco de Sales, como se narra en su vida. Tenía el santo unos diecisiete años y se encontraba en París dedicado al estudio y entregado al santo amor de Dios, disfrutando de dulces delicias de cielo. Mas el Señor, para probarlo y estrecharlo más a su amor, permitió que el demonio le obsesionase con la



tentación de que todo lo que hacía era perdido porque en los divinos decretos estaba reprobado. La oscuridad y aridez en que Dios quiso dejarlo al mismo tiempo, porque se encontraba insensible a los pensamientos más dulces sobre la divina bondad, hicieron que la tentación tomara más fuerza para afligir el corazón del santo joven, hasta el punto de que por esos temores y desolaciones perdió el apetito, el sueño, el color y la alegría, de modo que daba lástima a todos los que lo veían.

Mientras duraba aquella terrible tempestad, el santo joven no sabía concebir otros pensamientos ni proferir otras palabras que no fueran de desconfianza y de dolor. “¿Con que – decía– estaré privado de la gracia de Dios, que en lo pasado se me ha mostrado tan amante y suave? ¡Oh amor, oh belleza a quien he consagrado todos mis afectos! ¿Ya no gozaré más de tus consolaciones? ¡Oh Virgen Madre de Dios, la más hermosa de todas las hijas de Jerusalén! ¿Es que no te he de ver en el paraíso? Ah Señor, ¿es que no he de ver tu rostro? Al menos no permitas que yo vaya a blasfemar y maldecirte en el infierno”. Estos eran los tiernos sentimientos de aquel corazón afligido y enamorado de Dios y de la Virgen.

La tentación duró un mes, pero al fin el Señor se dignó librarlo por medio de María santísima, la consoladora del mundo, a la que el santo había consagrado su virginidad y en la que afirmaba tener puesta toda su confianza.

Entre tanto, una tarde, yendo hacia casa, vio una tablilla pegada al muro. La leyó, y era la siguiente oración: “Acordaos, piadosísima María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a ti se haya visto por ti desamparado”. Postrado junto al altar de la Madre de Dios rezó con afecto aquella oración, le renovó su voto de castidad y prometió rezarle todos los días un rosario. Y luego añadió: “Reina mía, sé mi abogada ante tu divino Hijo, al que no me atrevo a recurrir. Madre mía, si yo, infeliz, en la otra vida no puedo amar a mi Señor que es tan digno de ser amado, al menos consígueme que te ame en este mundo inmensamente. Esta es la gracia que te pido y de ti la espero”. Así rezó a la Virgen y se abandonó por completo en brazos de la divina misericordia, resignado completamente a la voluntad de Dios. Pero apenas había concluido su oración, en un instante la Virgen le libró de la tentación. Recuperó del todo la paz del alma y la salud corporal y siguió viviendo devotísimo de María, cuyas alabanzas y misericordias no cesó de anunciar en predicaciones y libros toda la vida.

## ORACIÓN EN DEMANDA DEL SOCORRO DE MARÍA

¡Madre de Dios y reina de los ángeles!  
 ¡Esperanza de los hombres!  
 ¡Mira al que te llama y a ti recurre!  
 Me postro ante ti, yo, pobre esclavo,  
 me consagro por tu siervo para siempre  
 y me ofrezco a servirte y honrarte  
 cuanto pueda, toda la vida.

Poco puede honrarte  
 un esclavo tan ruin y rebelde  
 que tanto ha ofendido a mi Dios y Redentor.  
 Pero si me aceptas, aunque sin merecerlo,  
 y con tu intercesión me haces digno,  
 tu misma misericordia me hará santo

y te daré el honor que yo solo no puedo.  
Acéptame y no me rechaces, Madre mía.

Estas ovejas perdidas  
vino a rescatar el Verbo eterno,  
y por salvarlas se hizo Hijo tuyo.  
¿Despreciarás a esta oveja extraviada  
que a ti recurre para encontrar a Jesús?  
Ya está entregado el rescate que me salva;  
mi Salvador ya derramó su sangre preciosa,  
la que basta para salvar mil mundos.

Basta que esa sangre se me aplique,  
y esto en tus manos está, Virgen bendita.  
En tus manos está salvar al que quieres.  
Ayúdame, mi reina, y sálvame.  
En ti confío, a tu intercesión me entrego.  
Salud de los que te invocan, sálvame.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 11: María asiste a un devoto suyo**

En Reischersperg vivía Arnoldo, canónigo regular muy devoto de la santísima Virgen. Estando para morir recibió los santos sacramentos y rogó a los religiosos que no le abandonasen en aquel trance. Apenas había dicho esto, a la vista de todos comenzó a temblar, se turbó su mirada y se cubrió de frío sudor, comenzando a decir con voz entrecortada: “¿No veis esos demonios que me quieren arrastrar a los infiernos?” Y después gritó: “Hermanos, invocad para mí la ayuda de María; en ella confío que me dará la victoria”. Al oír esto empezaron a rezar las letanías de la Virgen, al decir: Santa María, ruega por él, dijo el moribundo: “Repetid, repetid el nombre de María, que siento como si estuviera ante el tribunal de Dios”. Calló un breve tiempo y luego exclamó: “Es cierto que lo hice, pero luego también hice penitencia”. Y volviéndose a la Virgen le suplicó: “Oh María, yo me salvaré si tú me ayudas”.

Enseguida los demonios le dieron un nuevo asalto, pero él se defendía haciendo la señal de la cruz con un crucifijo e invocando a María. Así pasó toda aquella noche. Por fin, llegada la mañana, ya del todo sereno, Arnoldo exclamó: “María, mi Señora y mi refugio, me ha conseguido el perdón y la salvación”. Y mirando a la Virgen que le invitaba a seguirlo, le dijo: “Ya voy, Señora, ya voy”. Y haciendo un esfuerzo para incorporarse, no pudiendo seguirla con el cuerpo, suspirando dulcemente la siguió con el alma, como esperamos a la gloria bienaventurada.

### ORACIÓN ANTE EL PELIGRO

María, esperanza mía,  
mira a tus pies a un pobre pecador  
tantas veces por mi culpa esclavo del mal.  
Reconozco que me dejé vencer del enemigo

por no acudir a ti, refugio mío.  
 Si a ti hubiera siempre recurrido  
 y siempre te hubiera invocado,  
 jamás hubiera caído.

Espero, Señora y Madre,  
 haber salido por tu medio del mal  
 y que Dios me habrá perdonado.  
 Pero temo caer de nuevo en sus cadenas.  
 Sé que mis enemigos desean perderme  
 y me preparan nuevos asaltos y tentaciones.  
 Ayúdame tú, mi reina y mi refugio.  
 Tenme bajo tu protección;  
 no consientas que de nuevo  
 me vea esclavo del pecado.

Sé que siempre que te invoque  
 me ayudarás a salir victorioso.  
 Virgen santísima,  
 que siempre de ti me acuerde,  
 sobre todo al encontrarme en la batalla;  
 haz que no deje de invocarte  
 diciendo: “María, ayúdame; ayúdame, María”.

Y cuando llegue la hora de mi muerte,  
 reina mía, asísteme entonces como nunca;  
 haz tú misma que me acuerde de invocarte  
 con la boca y el corazón con más frecuencia  
 para que, expirando  
 con tu dulce nombre en los labios  
 y el de tu Hijo Jesús,  
 pueda ir a bendeciros y alabaros  
 para no separarme de vosotros  
 por toda la eternidad en el paraíso. Amén.

Rezar tres Avemarias.

### **DÍA 12: Convertido al no renegar de María**

Refieren el Belovacense y Cesáreo que un joven noble, por sus vicios, se vio reducido de rico como lo había dejado su padre, a tanta pobreza que necesitaba mendigar para comer. Se fue a vivir lejos, donde no fuese conocido para no pasar tanta vergüenza. Por el camino se encontró con un viejo criado de su padre, quien al verlo tan afligido por la pobreza en que había caído le dijo que no perdiese el ánimo, porque él podía ponerlo en relación con un príncipe que lo proveería de todo.

El antiguo sirviente se había convertido en un impío hechicero. Un día tomó consigo al infeliz joven y lo llevó a través de un bosque a la orilla de un lago, donde comenzó a hablar con una persona invisible. El joven le preguntó con quién hablaba. Le respondió que con el demonio; y al ver el espanto del joven trató de animarlo para que no tuviera miedo. Y continuó hablando con el demonio: “Señor –le dijo–, este joven está reducido a extrema miseria y quiere volver a su antigua posición”. “Cuando quiera obedecerme –respondió el enemigo– le haré más rico que antes, pero en primer lugar tiene que renegar de Dios”. Ante esta propuesta se horrorizó el joven, pero instigado por el maldito mago lo hizo y renegó de Dios. “Pero esto no basta –replicó el demonio–, es necesario también que reniegue de María, porque ella es la que nos causa más pérdidas. ¡A cuántos nos los arranca de las manos y los lleva a Dios para salvarlos!” “¿Qué yo reniegue de mi madre? ¡Eso sí que no! –gritó el joven–. ¡Ella es toda mi esperanza! ¡Prefiero andar mendigando toda mi vida!” Y el joven se alejó apresuradamente de aquel lugar.

A la vuelta acertó a pasar por una iglesia de María. Entró el desconsolado joven y, postrándose ante su imagen, comenzó a llorar amargamente y a pedir a la santísima Virgen que le obtuviera el perdón de sus pecados. Y he aquí que María, desde su imagen, se puso a rogar a su Hijo a favor de aquel infeliz. Jesús le dijo: “Pero si es un ingrato, Madre mía; ha renegado de mí”. Mas como María no dejaba de suplicarle, al fin le dijo: “Madre mía, jamás te he negado nada; sea perdonado ya que tú me lo pides”.

Todo esto lo estaba observando providencialmente el señor que había comprado la hacienda del joven. Y viendo la piedad de María con aquel pecador y como tenía una hija única se la dio por esposa, haciéndolo heredero de todos sus bienes. Y así aquel joven recuperó, gracias a María, la gracia de Dios y hasta los bienes temporales.

### ORACIÓN PARA PEDIR EL AMOR A DIOS

Qué esperanza de salvación y vida eterna  
me da el Señor  
al haberme otorgado por su misericordia  
tal confianza en el auxilio de su Madre,  
a pesar de que por mis pecados  
he incurrido en su desgracia y he merecido fatal condena.  
Doy gracias a Dios y a mi protectora María  
que se ha dignado  
acogerme bajo su manto,  
como lo demuestran tantas gracias  
como por su medio he recibido.

Sí que te agradezco, Madre mía,  
tantos bienes como me has regalado.  
Reina mía, ¡de cuántos peligros me has librado!  
¡Cuántas luces y misericordias  
me has alcanzado de Dios!  
¿Qué atenciones o qué beneficios  
has recibido de mí  
para que así te empeñes en favorecerme?  
Sólo tu bondad es quien te mueve.

Aunque diera por ti mi sangre y mi vida,  
 sería muy poco para lo que te debo,  
 a ti que me has librado de eterna muerte  
 y por ti he recobrado la gracia de Dios, como confío.  
 De ti proviene, lo sé, toda mi dicha.  
 Mi Señora, yo lo que tengo que hacer  
 es alabarte siempre y amarte.  
 Acepta el afecto de un pobre pecador  
 que está enamorado de tu bondad.

Si mi corazón es indigno de amarte  
 por estar lleno de afectos terrenales,  
 cámbiamelo, que en tu mano está el hacerlo.  
 Y luego úneme a mi Dios de tal manera  
 que no pueda separarme de su amor.  
 Esto quieres de mí, que ame a tu Dios;  
 y lo mismo pido de ti, que yo le ame  
 y le ame siempre, que nada más deseo. Amén.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 13: Favor de María a Teófilo**

Es famosa la historia de Teófilo escrita por Eutiquiano, patriarca de Constantinopla, testigo ocular de los hechos, y que es referida luego por san Pedro Damiano, san Bernardo, san Buenaventura, san Antonino y otros que nombra el P. Crasset.

Teófilo era arcediano de la Iglesia de Adana, en Cilicia. Tan estimado por los fieles que lo querían por su obispo; pero él, por humildad, lo rehusó. Pero habiéndole acusado calumniosamente unos malvados y habiendo sido depuesto de su cargo, concibió tal dolor que, cegado por la pasión, fue en busca de un mago judío a fin de que le evocara a Satanás para que le ayudase en su desgracia. El demonio le exigió que, si quería su ayuda, renegase de Jesús y su Madre María y lo declarase en documento firmado por su mano. Teófilo firmó el abominable documento.

Al día siguiente, el obispo, habiendo reconocido el mal hecho, le pidió perdón y lo rehabilitó en su cargo. Desde ese momento Teófilo, lacerado de remordimientos de conciencia por su enorme pecado, no hacía otra cosa más que llorar. ¿Y qué hizo? Fue a la iglesia y postrado a los pies de la imagen de María, llorando, le dijo: “Oh Madre de Dios, no me quiero desesperar teniéndote a ti que eres tan piadosa y me puedes ayudar...” Y así estuvo durante cuatro días ante la santísima Virgen, llorando y rezando.

Y he aquí que al fin, por la noche, se le apareció la madre de misericordia y le dijo: “Teófilo, ¿qué has hecho? Has renunciado a mi amistad y a la de mi Hijo. ¿Y por qué? ¿Por entregarte a mi enemigo y al tuyo?” “Señora –respondió Teófilo–, perdóname y consígueme el perdón de tu Hijo”. Entonces María, viendo su confianza, le dijo: “Tranquilízate, que quiero rogar a mi Hijo por ti”. Animado por esto, Teófilo redobló sus lágrimas, sus plegarias y sus penitencias, no apartándose del lado de la imagen. Y he aquí que de nuevo se le apareció María, y con rostro risueño le dijo: “Teófilo, alégrate, he presentado tus lágrimas y oraciones a Dios y él te

ha recibido y perdonado. De hoy en adelante le serás agradecido y fiel”. “Señora –le dijo Teófilo–, esto no basta para consolarme plenamente. El enemigo tiene en su poder aquella impía escritura en que firmé mi renuncia a ti y a tu Hijo; tú puedes hacer que me la restituya... Después de tres días, al despertar Teófilo, encontró sobre su pecho la malhadada escritura.

Al día siguiente, mientras el obispo oficiaba en la Iglesia, en presencia de todo el pueblo, fue Teófilo a postrarse a sus pies y le refirió todo lo sucedido llorando a mares, y le entregó la maldita escritura, que el obispo hizo quemar inmediatamente delante de todos los fieles, que no hacían más que llorar de alegría exaltando la bondad de Dios y la misericordia de María para con aquel gran pecador. Teófilo se volvió a la iglesia de la Virgen, donde después de tres días murió lleno de contento, dando gracias a Jesús y a su santa Madre.

### ORACIÓN PARA PEDIR LA PROTECCIÓN DE MARÍA

Reina y madre de misericordia  
que otorgas la gracia  
a todos los que a ti recurren  
con tal generosidad porque eres reina  
y con tanto amor  
porque eres madre amantísima.  
A ti acudo, pobre de méritos y virtudes  
y cargado de deudas con la divina justicia.

María, tú tienes  
las llaves de la divina misericordia;  
no me abandones en mis miserias  
y no me dejes postrado en mi pobreza.  
Eres tan generosa con todos  
y tan acostumbrada a otorgar  
mucho más que lo que se te pide...  
Sé igual de generosa conmigo.  
Protégeme, Señora, que es lo que te pido.

Si tú me proteges, nada temo.  
No temo a los demonios porque tú eres  
más poderosa que todo el infierno.  
No temo por mis pecados  
porque me puedes conseguir perdón de todos  
con una palabra que digas al Señor.  
No temo ni al enojo de Dios  
si tengo tu favor,  
porque con una súplica tuya se aplaca.

Si tú me amparas  
lo espero todo, porque lo puedes todo.  
Madre de misericordia, en ayudar a pecadores  
pones tu gozo y tu gloria;  
y los socorres si no se obstinan.

Yo soy pecador, pero no soy obstinado.  
 Ya que puedes ayudarme, ayúdame.  
 Yo me pongo del todo en tus manos.

Dime lo que he de hacer para agradar a Dios,  
 que quiero hacerlo presto y con tu ayuda.  
 María, eres mi Madre, mi luz, mi consuelo,  
 refugio y esperanza mía. Amén, amén.

Rezar tres Avemarías.

#### **DÍA 14: Un malhechor librado por María**

Cuenta el P. Raíz, camaldulense, cómo un joven, muerto su padre, fue mandado por la madre a la corte de un príncipe. La madre, que era devotísima de la Virgen, al despedirlo le hizo prometer que todos los días rezaría un Ave María con esta jaculatoria: “Virgen bendita, ayúdame en la hora de la muerte”.

Llegado a la corte, el poco tiempo el joven se hizo tan disoluto que el príncipe lo despachó. Desesperado y no sabiendo qué hacer, se convirtió en salteador de caminos; pero, con todo, no dejaba de rezar lo que le había prometido a la madre. Por fin cayó en manos de la justicia y fue condenado a muerte.

En la cárcel, la víspera de ser ejecutado, pensando en su deshonra y en el dolor que le iba a causar a su madre y espantado por la muerte que le esperaba en el patíbulo lloraba desconsolado. Al verlo el demonio oprimido por tan gran tristeza, se le apareció en forma de un gallardo joven y le dijo que él podía librarlo de la cárcel si hacía lo que le mandase. El condenado se allanó a todo. Entonces el fingido joven le manifestó que era el demonio que venía en su ayuda. En primer lugar, le exigió que renegase de Jesucristo y de los santos sacramentos. El joven aceptó. Enseguida le exigió el demonio que renegase de la Virgen María y que renunciase a su protección. “Esto no lo haré jamás”, respondió al instante el joven; y volviéndose hacia María le dijo su acostumbrada oración: “Virgen bendita, ayúdame a la hora de la muerte”. Al oír estas palabras, desapareció el demonio. El joven quedó consternado por la infamia que había cometido de renegar de Jesucristo. Pero recurriendo a la Virgen le pidió un gran dolor de todos sus pecados, luego se confesó muy contrito y deshecho en llanto.

De camino al patíbulo, en un nicho, vio una imagen de María, y él la saludó con su acostumbrada oración: “Virgen bendita, ayúdame en la hora de la muerte”. Y la estatua, a la vista de todos, inclinó la cabeza saludándolo. Él, enternecido, pidió que le dejaran besar los pies de la imagen. Los esbirros no querían, pero ante el alboroto que se estaba armando entre el pueblo, le dejaron. Se inclinó el joven para besar los pies de la imagen; entonces María extendió el brazo y lo tomó de la mano tan fuertemente que no había manera de soltarlo. Ante tal portento, todos empezaron a gritar pidiendo perdón para el condenado a muerte. Y le fue concedido el perdón. Vuelto a su patria llevó una vida ejemplar, viviendo con sumo fervor su devoción a María que le había librado de la muerte temporal y eterna.

ORACIÓN PARA ALCANZAR EL PERDÓN

Excelsa Madre de Dios:  
 Habla, Señora, que tu Hijo escucha  
 y lo que pides conseguirás.  
 Habla, María, abogada nuestra,  
 a favor de nosotros, desdichados.  
 Recuerda que por nuestro bien  
 has recibido tanto poder y dignidad.  
 Dios ha querido hacerse tu deudor,  
 recibiendo de ti su ser humano,  
 para que puedas, a tu arbitrio,  
 dispensar misericordia en favor nuestro.

Somos tus siervos, y entre los mejores  
 quisiera yo encontrarme.  
 Nos gloriamos de estar bajo tu amparo.  
 Si a todos haces bien  
 aunque no te conozcan ni te honren,  
 y hasta a los que te ultrajan y blasfeman,  
 ¿cuánto más debemos confiar en tu bondad,  
 que busca aliviar siempre al infeliz,  
 quienes te amamos y confiamos en ti?

Somos grandes pecadores,  
 pero Dios te ha dado tal poder y bondad  
 que puede aniquilar todas nuestras maldades.  
 Puedes y quieres salvarnos;  
 y tanto más lo esperamos  
 cuanto más indignos somos  
 para glorificarte más en el cielo,  
 a donde hemos de llegar con tu intercesión.  
 Madre de misericordia,  
 a ti nos presentamos, purifícanos.

Alcánzanos verdadera enmienda y el amor de Dios,  
 la perseverancia y el paraíso.  
 Te pedimos gracias enormes,  
 pero ¿es que no puedes conseguirlo todo?  
 ¿Son demasiado para el amor que Dios te tiene?  
 Te basta desplegar los labios  
 y rogar a tu Hijo que nada te niega.  
 Ruega, María, ruega por nosotros;  
 ruega, que ciertamente serás oída,  
 y nosotros ciertamente nos salvaremos.

Rezar tres Avemarías.



<b>DÍA 15: Singular favor de María a Beatriz</b>
--

La piedad y compasión de María hacia el pecador bien se mostró en el caso de Beatriz, monja en el monasterio de Monte Erardo, como lo refieren Cesáreo y el P. Rho.

Esta infeliz religiosa, vencida por el amor desordenado a un joven, decidió fugarse con él. Y, en efecto, un día, la desdichada, fue ante la imagen de María y allí depositó las llaves del monasterio, pues era la portera, y se fugó.

Marchando a un país lejano, vivió como mujer de la vida durante quince años. Sucedió que llegó por allí el proveedor del monasterio y ella, pensando que no la reconocería, le preguntó si conocía a sor Beatriz. Muy bien la conozco, le respondió: es una santa monja y ahora es una maestra de novicias. Ante esta noticia, ella quedó confusa y maravillada, no acertando a comprender qué había pasado. Y por cerciorarse, cambió de indumentaria y viajó al monasterio. Hizo llamar a sor Beatriz, y he aquí que se le presenta delante la Santísima Virgen en la figura de aquella imagen ante la que había dejado el hábito y las llaves. Y la Madre de Dios le habló así: “Has de saber, Beatriz, que yo, para impedir tu deshonor, he tomado tu figura, y he hecho tus veces durante estos quince años en que has vivido alejada del monasterio y de Dios, haciendo tus oficios. Hija, vuelve, haz penitencia, que mi Hijo aún te espera; y procura con una santa vida, conservar el buen nombre que te he conquistado”. Dicho esto desapareció.

Beatriz entró en el monasterio, retomando el hábito de religiosa y, agradecida a tan gran misericordia de María vivió como una santa. Y en la hora de la muerte lo manifestó todo para gloria de esta gran Señora.

#### ORACIÓN A NUESTRA ABOGADA

Excelsa Madre de mi Señor, ya comprendo  
que mis ingratitudes, durante tantos años  
contigo y con Dios,  
hacen que yo merezca, con razón,  
que dejes tú de preocuparte de mí,  
ya que el ingrato no merece beneficios.  
Pero yo, sublime Señora,  
tengo un gran concepto de tu bondad,  
que es mucho mayor que mi ingratitud.

Prosigue, refugio de pecadores,  
y no dejes de socorrer a uno que en ti confía.  
Madre de misericordia, extiende tu mano,  
y levanta a un caído que implora tu piedad.  
María, o me defiendes tú,  
o me dices a quién debo acudir  
para que mejor que tú me defienda.  
Mas ¿dónde podré encontrar abogada ante Dios  
más compasiva y poderosa  
que tú, que eres su Madre?

Tú, al ser elegida como Madre del Salvador,  
 has sido creada para salvar pecadores,  
 y a mí me has sido otorgada  
 para conseguirme la salvación.  
 María, salva al que a ti recurre.  
 Yo no merezco tu amor,  
 pero el deseo que tienes de salvar a los perdidos,  
 me hace tener confianza en que me amas.  
 Y si tú me quieres ¿cómo me voy a perder?

Amada Madre mía,  
 si me salvo por ti, como lo espero,  
 ya no seré jamás ingrato;  
 compensaré con alabanzas perpetuas,  
 y con todo el amor del alma mía,  
 mis ingratitudes pasadas  
 y el amor que siempre me has tenido.  
 En el cielo, donde reinas y reinarás por siempre,  
 feliz cantaré tu misericordia,  
 y besaré sin cesar esas manos amorosas  
 que tantas veces me libraron del infierno  
 cuantas yo lo merecí con mis pecados.

María, mi libertadora,  
 mi esperanza, mi Reina y mi Abogada,  
 Madre mía, yo te amo,  
 y te quiero amar  
 con todo el corazón y siempre.  
 Amén, amén. Así lo espero, así sea.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 16: Conversión de la infeliz Benita**

Refieren el B. Alano y Bonifacio, que vivía en Florencia una joven llamada Benita, pero que más bien merecía llamarse maldita por la vida escandalosa y deshonesta que llevaba. Para su fortuna llegó a predicar en una ciudad Santo Domingo, y ella, por mera curiosidad fue a escucharle. Y el Señor le puso tal compunción en su corazón al oírlo, que llorando se fue a confesar con el santo. Éste la confesó, la absolvió y le impuso de penitencia rezar el rosario diariamente. Pero la infeliz, arrastrada por sus malos hábitos, volvió a su mala vida. Lo supo el santo, y yéndola a buscar, obtuvo de ella que se confesara de nuevo. Y Dios, para confirmarla en la virtud, le hizo ver el infierno y en él, algunos que por su culpa se habían condenado. Después, en un libro abierto, le hizo leer el pavoroso recuento de sus pecados. Horrorizada la penitente ante semejante visión, acudió a María para que le ayudase. Y se le dio a entender que esta divina Madre le había conseguido de Dios espacio de tiempo para llorar todas sus liviandades.

Pasada la visión, Benita se entregó a una vida santa; pero teniendo siempre ante los ojos aquel terrible proceso que había visto, un día se puso a rezarle así a su consoladora: “Madre, es verdad que yo, por mis excesos debería estar en lo profundo del infierno, pero ya que tú, con tu intercesión, me has librado obteniéndome tiempo de hacer penitencia, te pido esta otra gracia: no quiero dejar nunca de llorar mis pecados, pero haz que sean borrados de aquel libro”. Hecha esta oración, se le apareció la Virgen y le dijo que, para obtener lo que pedía, era necesario que, en adelante, se acordase de la misericordia que Dios había tenido con ella y de la Pasión que su Hijo había sufrido por amor de ella; y que considerase que cuántos, con menos culpas que ella, se habían condenado... Habiendo obedecido Benita fielmente a la Santísima Virgen, un día se le apareció Jesucristo, mostrándole aquel libro le dijo: Mira, tus pecados están borrados y el libro en blanco: escribe ahora actos de amor y de virtud. Así lo hizo Benita, llevando una vida santa y teniendo una santa muerte.

### ORACIÓN DE CONFIANZA EN MARÍA

Señora mía, siendo tu oficio  
el de mediadora entre los pecadores y Dios,  
”ea, pues, abogada nuestra”,  
cumple también ese oficio conmigo.  
No me digas que mi causa  
es muy difícil de ganar;  
pues yo sé, como me dicen todos,  
que toda causa por desesperada que sea,  
si la defiendes tú, jamás se pierde.

Podría temer si sólo mirase  
la muchedumbre de mis pecados,  
y tú no aceptarás defenderme,  
pero al ver tu misericordia inmensa,  
y el sumo deseo de ayudar al pecador  
que late en tu corazón, nada temo.  
¿Quién se perdió jamás  
habiendo recurrido a ti?

Por eso te llamo en mi socorro,  
mi abogada, mi refugio y mi esperanza.  
En tus manos pongo la causa  
de mi eterna salvación,  
perdida estaba,  
pero tú la tienes que ganar.

Gracias le doy siempre al Señor  
que me da esta gran confianza en ti,  
la cual, a pesar de mis deméritos,  
siento que me garantiza la salvación.  
Sólo un temor me aflige, amada Reina mía;

y es que yo pueda, por mi descuido  
perder esta confianza en ti.

Por eso te ruego, María, Madre mía,  
por el amor que tienes a Jesús,  
que siempre me conserves y acrecientes  
esta confianza en tu intercesión  
por la que espero, con toda certeza,  
recuperar la amistad divina,  
tantas veces por mí despreciada y perdida.

Recuperarla espero por tu medio y conservarla,  
hasta llegar, gracias a ti, al Paraíso,  
a agradecer y cantar  
las misericordias de Dios y tuyas,  
por toda la eternidad. Amén.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 17: Un abogado, librado del mal**

Se narra en las crónicas de los padres Capuchinos que había en Venecia un célebre abogado quien, con fraudes y malas artes, se había enriquecido, por lo que vivía en mal estado. No tenía de bueno más que recitar diariamente una oración a la Virgen. Y esta pequeña devoción le libró de la muerte eterna por la misericordia de María. Veamos cómo.

Para su fortuna se hizo amigo de fray Mateo de Basso, y tanto le rogó al padre que fuera a comer a su casa, que un día por fin le complació. Ya en casa le dijo el abogado: “Ahora, padre, le voy a mostrar algo que no habrá visto jamás. Tengo una mona admirable que me sirve como un criado; lava los platos, me sirve a la mesa, me abre la puerta...” “Cuidado, le respondió el padre, no sea que la mona sea algo muy distinto... Que la traigan aquí”. La llaman y la vuelven a llamar; la siguen buscando por todas partes, y la mona no aparece. Al fin la encuentran escondida bajo un camastro en el sótano, pero la mona se resistía a salir. “Vamos a donde está”, decide el religioso; y juntos bajaron a donde se encontraba. El religioso le grita: “Bestia infernal, sal de ahí, y de parte de Dios te mando que nos digas quién eres”. Y, he aquí que la mona respondió que era el demonio, que estaba aguardando el día en que aquel pecador dejara su acostumbrada oración a la Madre de Dios, porque en cuanto la dejase, tenía licencia de Dios para ahogarlo y llevárselo consigo al infierno. Ante semejante declaración, el pobre abogado se postró a los pies del siervo de Dios pidiéndole su ayuda. Él le animó y mandó al demonio que saliera de aquella casa sin hacer daño. “Sólo te doy licencia, para dejar un hueco en la pared, en señal de haberte marchado”. Apenas le dijo esto, se abrió, con gran estruendo, un boquete en el muro, que en mucho tiempo, por más que lo intentaron, no permitió Dios que lo pudieran tapar, hasta que, por consejo del siervo de Dios, pudieron taparlo poniéndole una placa de mármol con la escultura de un ángel. El abogado convertido, es de esperar que perseverase hasta la muerte en su nueva vida.

## ORACIÓN PARA UN BUEN ARREPENTIMIENTO

Virgen santa, sublime criatura,  
 desde esta tierra te saluda un pecador  
 que merece castigos y no gracia,  
 justicia en vez de misericordia.  
 Bien sé que te complaces  
 en ser tanto más benigna, cuanto eres más grande;  
 cuantos son más pobres los que a ti recurren,  
 tanto más te empeñas en protegerlos y salvarlos.

Tú eres, Madre mía,  
 la que lloraste un día a tu Hijo muerto por mí.  
 Ofrécele, te ruego, tus lágrimas a Dios,  
 y por ellas, consígueme  
 un verdadero dolor de mis pecados.  
 Te han afligido tanto los pecadores  
 y tanto te afligí yo con mis pecados...

Alcánzame, María, que yo, en adelante,  
 no te aflija más con mis ingratitudes.  
 ¿De qué me aprovecharía tu llanto  
 si yo continuara siendo ingrato?  
 ¿Para qué me serviría tu misericordia,  
 si de nuevo te fuera infiel y me condenase?  
 Reina mía, no lo permitas.

Tú has remediado todas mis carencias.  
 Ya que obtienes de Dios cuanto te propones,  
 y escuchas a todo el que te ruega,  
 estas dos gracias te pido con plena confianza:  
 haz que sea fiel a Dios  
 y que le ame por cuanto le he ofendido.

Rezar tres Avemarías.

<b>DÍA 18: Distinta suerte de dos jóvenes libertinos</b>
--

En el año 1604, en una ciudad de Flandes, vivían dos jóvenes estudiantes, que en vez de dedicarse a los estudios, se lo pasaban en borracheras y deshonestidades. Una de tantas noches, habiendo estado pecando en casa de una mujer de mala vida, uno de ellos llamado Ricardo, se fue a su casa, el otro se quedó más tiempo. Llegado a casa Ricardo, mientras se desvestía para acostarse, se acordó de que no había rezado aún el Ave María a la Virgen, como acostumbraba. Se caía de sueño, por lo que le costó mucho rezar, pero haciendo un esfuerzo rezó, aunque sin devoción y medio dormido. Luego se acostó; y estando en el primer sueño, sintió llamar fuerte a la puerta, e inmediatamente después, sin que se abriera la puerta, vio ante sí a su compañero,

desfigurado y horrible. “¿Quién eres?”, le dijo. “¿No me reconoces?”, le respondió la aparición. “Pero ¿cómo estás tan cambiado? ¡Si pareces un demonio!” “¡Desgraciado de mí! ¡Estoy condenado!”, gritó el infeliz. “¿Cómo?” “Al salir de aquella casa infame un demonio me ahogó. Mi cuerpo está en medio de la calle y mi alma en el infierno. Y has de saber que el mismo castigo estaba preparado para ti, pero la Virgen, por ese pequeño obsequio del Ave María, te ha librado. ¡Feliz tú, si sabes aprovechar este aviso que por mi medio te manda la Madre de Dios!” Y dicho esto desapareció. Ricardo, deshecho en llanto, se arrojó de la cama postrándose en el suelo para dar gracias a María su libertadora. Y estando meditando en cambiar de vida, oyó la campana de los franciscanos que tocaba a maitines. Se dijo: Ahí me llama Dios a hacer penitencia. Marchó inmediatamente al convento a rogar a los padres que lo recibieran. Ellos no querían hacerle caso conociendo su vida tan desordenada; pero él, hecho un mar de lágrimas, les contó cuanto acababa de suceder. Marcharon los padres a aquella calle, y, en verdad, encontraron el cadáver del joven con muestras de haber sido ahogado y negro como un carbón. Entonces lo recibieron. Ricardo, de ahí en adelante se entregó a una vida ejemplar. Fue a las Indias y a predicar el Evangelio; de allí pasó al Japón; y tuvo la gracia de morir mártir de Jesucristo, siendo quemado vivo.

#### ORACIÓN DE GRATITUD A MARÍA

María, mi Madre muy amada:  
 en qué abismo de males no me encontraría,  
 si no me hubieras preservado tantas veces;  
 si con tu piadosa mano  
 no me hubieras sostenido  
 en cuántos peligros hubiera caído.

Cuántos años hace que estaría en el infierno  
 si tú no me hubieras librado con piadosos ruegos.  
 Mis graves pecados allí me arrojaban;  
 la divina justicia, ya me había condenado;  
 los demonios bramaban,  
 queriendo ver ejecutada la sentencia.  
 Pero tú acudiste, Madre,  
 sin que yo te llamara, y me salvaste.

Mi amada libertadora,  
 ¿qué te ofrendaré por tal gracia y tanto amor?  
 Tú, después, venciste mi dureza,  
 y me atrajiste a tu amor y a confiar en ti.  
 Prosigue, vida y esperanza,  
 Madre a la que amo más que a mi vida,  
 prosigue empeñada en librarme del infierno,  
 y, antes, de los pecados en que puedo caer.

Mi Señora, tan querida, yo te amo.  
 ¿Cómo podrá sufrir tu bondad  
 ver condenado a un devoto que te ama?  
 Consígueme que no sea en adelante ingrato,

ni contigo, ni con Dios,  
 que, por tu amor, tantas gracias me ha otorgado.  
 María, sé que me perderé si te abandono.  
 Pero ¿cómo tendré el valor para dejarte?  
 Tú, después de Dios,  
 eres todo el amor que me queda.

No soy capaz de vivir sin amarte.  
 Yo te quiero de veras, yo te amo,  
 y espero que siempre te amaré,  
 en el tiempo y en la eternidad,  
 porque eres la criatura más bella y santa,  
 más benigna y amable del mundo. Amén.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 19: Detalles de bondad de María hacia un perfecto devoto suyo**

El B. Joaquín Piccolomini, muy devoto de María, desde su infancia, visitaba hasta tres veces al día una imagen de la Virgen de los Dolores que se veneraba en una iglesia, y los sábados ayunaba para mejor honrarla. A media noche se levantaba para meditar en sus dolores. Y María Santísima le recompensó estos obsequios. En su juventud le dijo que entrara en la Orden de los Servitas, lo que, sin demora, ejecutó el Beato. Al final de su vida, se le apareció también la Virgen María trayéndole dos coronas: una de rubíes, en premio de la compasión que había tenido de sus dolores, y otra de perlas, como premio a la virginidad que le había consagrado. Poco antes de morir, se le volvió a aparecer, y el enfermo le pidió la gracia de morir el mismo día en que murió Jesucristo. La Virgen Santísima le consoló diciendo: “Pues bien, prepárate, porque mañana, viernes, morirás de repente, como deseas, y estarás conmigo en el paraíso”. En efecto, así sucedió. Mientras en la iglesia cantaban la Pasión de Cristo según san Juan, al decir las palabras “Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre”, el paciente entró en agonía, y al decir: “E inclinando la cabeza entregó su espíritu”, el bienaventurado entregó también su alma al Señor, a la vez que el templo se iluminaba con misterioso resplandor, y un suave y desconocido aroma se esparcía en el ambiente.

### ORACIÓN DE AMOR HACIA MARÍA

¡Reina del cielo y de la tierra!  
 ¡Madre del soberano Señor del Universo!  
 ¡Criatura la más sublime, excelsa y amable!  
 Es verdad que muchos ni te conocen ni te aman;  
 pero miríadas de ángeles y santos en el cielo  
 te aman y no cesan de cantar tus alabanzas;  
 y aun en la tierra ¡cuántos felizmente  
 se consumen en tu amor,  
 y andan de tu bondad enamorados!

¡Ojalá te amara yo también, mi amable Señora!  
 ¡Quién me diera el pensar siempre en ti  
 servirte, alabarte y honrarte,  
 y trabajar para que de todos fueras honrada y amada!  
 Has llegado a enamorar a Dios,  
 y con tu belleza, por decirlo así,  
 lo has atraído del seno del eterno Padre,  
 y lo has hecho venir a la tierra  
 para hacerse hombre e Hijo tuyo.

Y yo, pobre gusanillo, ¿viviré sin amarte?  
 También yo te quiero amar de verdad,  
 y hacer cuanto pueda por verte amada por todos.  
 Ya ves, Señora, el deseo que tengo de amarte;  
 ayúdame para cumplirlo.  
 Sé que a tus amantes,  
 tu Dios los mira complacido;  
 Él, después de su gloria, nada desea más que la tuya,  
 verte honrada y amada por todos.

Toda mi dicha la espero de ti, Señora,  
 tú me has de obtener  
 el perdón de todos mis pecados;  
 tú, la perseverancia;  
 tú me has de asistir en la hora de la muerte;  
 tú me has de librar del purgatorio;  
 tú, en fin, me has de conducir al paraíso.

Todo esto han esperado de ti los que te aman,  
 y ninguno se ha visto defraudado.  
 Lo mismo espero yo,  
 ya que te amo con todo el corazón,  
 y sobre todas las cosas, después de Dios.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 20: María deleita con su canto a un monje**

Narra Cesáreo que un monje cisterciense, muy devoto de la Madre de Dios, tenía un deseo muy grande de ver a su amada Señora, y se lo estaba pidiendo constantemente. Una noche, en el jardín, mientras contemplaba el firmamento y dirigía encendidos suspiros a su Reina por el deseo de verla, de pronto vio venir del cielo una virgen bella y nimbada de luz que le dijo: “Tomás ¿quieres oír mi canto?” “Claro que sí”, le respondió. Entonces la virgen cantó con tanta dulzura que el religioso se sentía transportado al paraíso. Terminado el canto, desapareció dejándolo con grandes deseos de saber quién se le había aparecido. Y de pronto siente que se le aparece otra virgen más bella todavía que también le hizo oír su canto. No pudiendo contenerse,



le preguntó quién era, y la virgen le respondió: “La que viste primero, es Catalina, y yo soy Inés; las dos mártires de Jesucristo, y hemos sido mandadas por nuestra Señora para consolarte”. Y dicho esto, desapareció. Con todo esto, el religioso quedó con más esperanzas de ver finalmente a su Reina. No se equivocó, pues poco después vio un gran resplandor y que el corazón se le inundaba de no conocida alegría, y he aquí que, en medio de aquella luz, ve a la Madre de Dios circundada de ángeles, con una belleza incomparablemente superior a la de las santas anteriores. Ella le dijo: “Querido siervo e hijo mío, yo te agradezco la devoción que me tienes; y quiero hacerte oír mi canto”. Y la Virgen inició una tan bella melodía que el devoto religioso perdió el sentido cayendo rostro en tierra. Tocaron a maitines, se reunieron los monjes, y no viendo a Tomás, fueron a buscarlo a la celda y otros lugares, y al fin lo encontraron en el jardín, desmayado. El abad le mandó por obediencia que declarara qué le había sucedido; y el religioso, vuelto en sí a la voz de la obediencia, contó todos los favores que le había hecho la Madre de Dios.

### ORACIÓN PIDIENDO A MARÍA EL DON DE AMARLA

Reina del paraíso y Madre del santo amor,  
ya que eres la criatura más amable,  
la más amada de Dios, y quien más le ha amado,  
acepta que te ame también un pecador,  
el más ingrato y desdichado del mundo.

Viéndome, gracias a ti, libre del infierno,  
y tan favorecido por ti sin merecerlo,  
me he prendado de tu bondad,  
y en ti he puesto toda mi esperanza.

Señora mía, te amo, y quisiera amarte,  
más de lo que te han amado  
los santos de ti más enamorados.  
Quisiera, si en mí estuviese,  
hacer conocer a todos los que te ignoran,  
cuán digna eres de ser amada,  
para que todos te amasen y venerasen.

Quisiera morir por tu amor,  
por defender tu virginidad,  
tu dignidad de Madre de Dios,  
tu Inmaculada Concepción,  
si por defender estos privilegios,  
fuera preciso dar la vida.

Amada Madre mía, recibe mis afectos,  
y no permitas que un siervo que te ama,  
vaya a ser enemigo del Dios que tanto quieres.  
Así fui yo que ofendí a mi Señor.

Pero entonces, María, no te amaba,  
y poco me importaba ser amado de ti.

Pero ahora, nada deseo tanto,  
después de la gracia de Dios,  
que amarte y ser por ti amado.  
Sé, mi Señora, la más agradecida y benigna,  
que no desdeñas amar a quien te ama,  
a la vez que no te dejas ganar en el amor.

Quiero amarte en el paraíso.  
Allí, a tu lado, conoceré de veras,  
cuán amable eres,  
y cuánto has hecho por salvarme;  
por eso te amaré con más fervor,  
y mi amor será eterno,  
sin temor de dejar nunca de quererte.

María, yo confío salvarme por tu medio.  
Ruega a Jesús por mí.  
Yo nada más anhelo,  
tú eres mi esperanza.  
Por eso te cantaré siempre:  
"María, esperanza mía,  
tú me tienes que salvar".

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 21: Protección de María a una devota suya**

Refiere el P. Carlos Bovio que en Dormans, Francia, vivía un casado que andaba en tratos deshonestos con otra mujer. Su esposa, no pudiendo soportarlo, no hacía más que pedir a Dios que los castigase. En especial un día en una iglesia, ante el altar de la Santísima Virgen, se puso a pedir venganza contra la mujer que le robaba el marido. Precisamente ante esta imagen iba todos los días, a rezarle un Ave María, la otra mujer pecadora.

Una noche, en sueños, se le presentó a la esposa, la Madre de Dios. Al verla comenzó con la cantinela de siempre: "Justicia, Madre de Dios, justicia". La Virgen le respondió: "¿Justicia? ¿A mí me pides justicia? Busca otro que te la haga, que yo no puedo. Has de saber, que esa pecadora todos los días me dirige una oración tan de mi agrado que no puedo consentir que quien así me reza sufra o sea castigado por sus pecados".

Por la mañana, fue la esposa a la Santa Misa en aquella iglesia de la Virgen; y al salir, se encontró con la amiga de su marido; al verla comenzó a injuriarla, diciéndole entre otras cosas que era una hechicera, que con sus encantamientos había llegado a encantar a la Virgen Santísima. "¡Calla! ¿Qué dices?", le decía la gente. "¿Cómo me voy a callar? –les respondía ella–, lo que digo es la pura verdad. Se me ha aparecido la Señora y, al pedirle yo que me hiciera justicia, me ha respondido que no me la podía hacer por un saludo especial que esta malvada le

recita todos los días”. Le preguntaron cuál era el saludo que le recitaba a la Madre de Dios todos los días. Ella respondió que era el Ave María. Pero al darse cuenta que por aquella pequeña devoción se mostraba la Virgen tan misericordiosa, fue enseguida a postrarse a los pies de aquella santa imagen, y allí mismo, pidiendo perdón a todos, hizo voto de perpetua castidad. Además se hizo un hábito de monja y se fabricó una pequeña habitación cerca de la iglesia, donde se recluyó y perseveró en continua penitencia hasta la muerte.

### ORACIÓN PIDIENDO LOS DONES DE DIOS

Madre de misericordia, eres tan piadosa,  
tienes tan gran deseo  
de hacernos bien a los necesitados,  
y dejarnos contentos cuando te suplicamos,  
que yo, el más infeliz de todos  
recorro a tu piedad  
para que me otorgues lo que te pido.

Busquen otros cuanto quieran,  
salud del cuerpo, riquezas  
y otros bienes de la tierra;  
Señora, yo vengo a pedirte  
lo que deseas ver en mí:

Tú que fuiste tan humilde,  
dame humildad y saber aceptar los desprecios.

Tú, tan sufrida en los trabajos,  
hazme paciente en las adversidades.

Tú, tan llena de amor de Dios,  
obtenme el amor puro y santo.

Tú, todo caridad para el prójimo,  
consígueme caridad para con todos,  
y también para los que me son adversos.

Tú, del todo unida al divino querer,  
dame total conformidad con lo que Dios dispone.

Tú, la más santa entre las criaturas,  
hazme santo, María.

Nunca te falta el amor,  
y todo me lo puedes y quieres obtener.  
Sólo me puede impedir  
que yo reciba tu gracia,  
o mi olvido de suplicarte,

o mi poca confianza en tu intercesión.  
 Pero el recurrir a ti,  
 y el hacerlo con total confianza,  
 tú misma me lo tienes que otorgar.

Estas dos gracias supremas,  
 son las que ahora quiero y te pido,  
 las que espero, con certeza, alcanzar por ti,  
 María, Madre y esperanza mía,  
 mi amor, mi vida, mi refugio,  
 mi ayudadora y consoladora. Amén.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 22: La joven María librada del demonio**

Refiere el P. Rho en su libro de los Sábados, y el P. Lireo en su Trisagio Mariano, que hacia el año 1465, vivía en Güeldres una joven llamada María. Un día la mandó un tío suyo a la ciudad de Nimega a hacer unas compras, diciéndole que pasara la noche en casa de otra tía que allí vivía. Obedeció la joven, pero al ir por la tarde a casa de la tía, ésta la despidió groseramente. La joven desconsolada, emprendió el camino de vuelta. Cayó la noche por el camino, y ella, encolerizada, llamó al demonio en su ayuda. He aquí que se le aparece en forma de hombre, y le promete ayudarla con cierta condición. “Todo lo haré”, respondió la desgraciada. “No te pido otra cosa –le dijo el enemigo– sino que de hoy en adelante no vuelvas a hacer la señal de la cruz y que cambies de nombre”. “En cuanto a lo primero, no haré más la señal de la cruz –le respondió–, pero mi nombre de María, no lo cambiaré. Lo quiero demasiado”. “Y yo no te ayudaré”, le replicó el demonio. Por fin, después de mucho discutir, convinieron en que se llamase con la primera letra del nombre de María, es decir: Eme. Con este pacto se fueron a Amberes; allí vivió seis años con tan perversa compañía, llevando una vida rota, con escándalo de todos.

Un día le dijo al demonio que deseaba volver a su tierra; al demonio le repugnaba la idea, pero al fin hubo de consentir. Al entrar los dos en la ciudad de Nimega, se encontraron con que se representaba en la plaza la vida de Santa María. Al ver semejante representación, la pobre Eme, por aquel poco de devoción hacia la Madre de Dios que había conservado, rompió a llorar. “¿Qué hacemos aquí? –le dijo el compañero–. ¿Quieres que representemos otra comedia?” La agarró para sacarla de aquel lugar, pero ella se resistía, por lo que él, viendo que la perdía, enfurecido la levantó en el aire y la lanzó al medio del teatro. Entonces la desdichada contó su triste historia. Fue a confesarse con el párroco que la remitió al obispo y éste al Papa. Éste, una vez oída su confesión, le impuso de penitencia llevar siempre tres argollas de hierro, una al cuello, y una en cada brazo. Obedeció la penitente y se retiró a Maestricht donde se encerró en un monasterio para penitentes. Allí vivió catorce años haciendo ásperas penitencias. Una mañana, al levantarse vio que se habían roto las tres argollas. Dos años después murió con fama de santidad; y pidió ser enterrada con aquellas tres argollas que, de esclava del infierno, la habían cambiado en feliz esclava de su libertadora.

## ORACIÓN PARA INVOCAR EL NOMBRE DE MARÍA

¡Madre de Dios y Madre mía María!  
 Yo no soy digno de pronunciar tu nombre;  
 pero tú que deseas y quieres mi salvación,  
 me has de otorgar, aunque mi lengua no es pura,  
 que pueda llamar en mi socorro  
 tu santo y poderoso nombre,  
 que es ayuda en la vida y salvación al morir.

¡Dulce Madre, María!  
 haz que tu nombre, de hoy en adelante,  
 sea la respiración de mi vida.  
 No tardes, Señora, en auxiliarme  
 cada vez que te llame.  
 Pues en cada tentación que me combata,  
 y en cualquier necesidad que experimente,  
 quiero llamarte sin cesar; ¡María!

Así espero hacerlo en la vida,  
 y así, sobre todo, en la última hora,  
 para alabar, siempre en el cielo tu nombre amado:  
 “¡Oh clementísima, oh piadosa,  
 oh dulce Virgen María!”  
 ¡Qué aliento, dulzura y confianza,  
 qué ternura siento  
 con sólo nombrarte y pensar en ti!

Doy gracias a nuestro Señor y Dios,  
 que nos ha dado para nuestro bien,  
 este nombre tan dulce, tan amable y poderoso.  
 Señora, no me contento  
 con sólo pronunciar tu nombre;  
 quiero que tu amor me recuerde  
 que debo llamarte a cada instante;  
 y que pueda exclamar con san Anselmo:  
 “¡Oh nombre de la Madre de Dios,  
 tú eres el amor mío!”

Amada María y amado Jesús mío,  
 que vivan siempre en mi corazón y en el de todos,  
 vuestros nombres salvadores.  
 Que se olvide mi mente de cualquier otro nombre,  
 para acordarme sólo y siempre,  
 de invocar vuestros nombres adorados.

Jesús, Redentor mío, y Madre mía María,  
cuando llegue la hora de dejar esta vida,  
concédeme entonces la gracia de deciros:  
“Os amo, Jesús y María;  
Jesús y María,  
os doy el corazón y el alma mía”.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 23: Dos conversiones logradas por la imagen de la Inmaculada**

A una de las residencias de nuestra humilde Congregación en este reino, vino una mujer a decir a uno de nuestros padres que su marido hacía muchos años que no se confesaba, y que la pobre no sabía qué hacer para convencerlo, porque en hablándole de confesión la apaleaba. El padre le dijo que le diera una imagen de María Inmaculada. Al caer la tarde, la mujer de nuevo le rogó al marido que se confesara, y como no le hacía caso, le dio la estampa de la Virgen. Y apenas la recibió le dijo: Bueno ¿cuándo quieres que me confiese? Estoy pronto. La mujer se puso a llorar de alegría al ver cambio tan repentino. Llegada la mañana fue con su marido a nuestra iglesia. Al preguntarle el padre cuánto tiempo hacía que no se confesaba, le respondió que hacía veinte años. “Y ¿qué le movió a venir a confesar?”, le dijo el padre. “Yo estaba obstinado –le respondió– pero ayer me dio mi mujer una estampa de nuestra Señora y al instante sentí cambiado el corazón, tanto que cada momento me parecía mil años esperando que se hiciera el día para poder venir a confesarme”. Se confesó con gran dolor, cambió de vida y continuó durante mucho tiempo confesándose con el mismo padre.

En otro lugar de la diócesis de Salerno, mientras dábamos la santa misión, había un hombre muy enemistado con otro que le había ofendido. Uno de nuestros padres le habló del perdón de las injurias, pero él le respondió: “Padre ¿me ha visto en la misión? No; y es por esto. Ya comprendo que estoy condenado, pero no hay remedio, me tengo que vengar”. El padre se esforzó por convertirlo, pero viendo que perdía el tiempo le dijo: “Recíbame esta estampa de nuestra Señora”. “Y ¿para qué quiero esta estampa?”, le respondió; sin embargo, la aceptó. Y al punto, olvidando sus rencores accedió gustoso a lo que el padre le pedía. “Padre ¿quiere que perdone a mi enemigo? Estoy pronto a realizarlo”. Y se aplazó la reconciliación para la mañana siguiente. Mas llegada la mañana había cambiado de propósito y no quería ni oír hablar de reconciliación. El padre le volvió a ofrecer otra estampa de la Virgen. Por nada la quería recibir. Por fin, de mala gana, la recibió. Y apenas la tuvo en la mano dijo: “Se acabó ¿dónde está el notario?” Se hizo la reconciliación y se confesó.

### **ORACIÓN DE ANHELO POR VER A MARÍA EN EL CIELO**

Señora mía Inmaculada, yo me alegro contigo  
de verte enriquecida con tanta pureza.  
Doy gracias y siempre las daré a nuestro Creador,  
por haberte preservado de toda mancha de culpa,  
como lo tengo por cierto,  
y por defender este grande y singular privilegio  
de tu Inmaculada Concepción,

estoy pronto y juro dar  
si fuera menester, hasta mi vida.

Quisiera que todo el mundo te reconociese  
y te aclamase como aquella hermosa aurora  
siempre iluminada por la divina luz;  
como el arca elegida de la salvación,  
libre del universal naufragio del pecado;  
por aquella perfecta e inmaculada paloma,  
como te llamó tu divino esposo;  
como aquel jardín cerrado  
que hizo las delicias de Dios;  
por aquella fuente sellada  
que jamás pudo enturbiar el enemigo;  
en fin, por aquella blanca azucena que eres tú,  
y que naciendo entre las espinas,  
que son los hijos de Adán,  
manchados por la culpa y enemigos de Dios,  
tú sola viniste pura y limpia,  
toda hermosa y del todo amiga del Creador.

Déjame que te alabe como lo hizo Dios:  
"Toda tú eres hermosa  
y no hay mancha alguna en ti" (Ct 4, 7).  
Purísima paloma, toda blanca,  
toda bella y siempre amiga de Dios:  
"¡Qué hermosa eres, amiga mía,  
qué hermosa eres!" (Ct 4, 1).

María, tan bella a los ojos del Señor,  
no te desdeñes de mirarme piadosa;  
compadécete de mí y sáname.  
Hermoso imán de los corazones,  
atrae hacia ti el pobre corazón mío.  
Tú que, desde el primer instante,  
te presentas pura y bella ante Dios,  
ten piedad de mí, que no sólo nací en pecado,  
sino que también después del bautismo  
he vuelto a mancillar mi alma con nuevas culpas.

¿Qué te podrá negar el Dios que te escogió  
por su hija, su madre y su esposa,  
que por esto te ha preservado de toda mancha,  
y te ha preferido en su amor  
a todas las criaturas?

Virgen Inmaculada, tú me has de salvar.  
 Haz que siempre me acuerde de ti  
 y tú nunca te olvides de mí.  
 Mil años me parece que faltan  
 hasta que pueda llegar a contemplar  
 esa tu belleza en el paraíso,  
 para sin fin amarte y alabarte,  
 madre mía, reina mía, amada mía, María.

Rezar tres Avemarías.

#### **DÍA 24: Favor de María hacia el joven Eskil**

Un noble joven llamado Eskil, fue mandado por su padre a estudiar a Hildeseim, ciudad de la Baja Sajonia; pero él se dio a una vida licenciosa y rota. Cayendo gravemente enfermo, a los pocos días estaba a las puertas de la muerte. Viéndose al cabo de la vida tuvo una visión: Se vio en un horno de fuego; creía estar en el infierno, pero impensadamente pudo salir de él y se encontró en un palacio; al entrar en un gran salón vio a la Santísima Virgen que le dijo: “¿Cómo has tenido valor para presentarte en mi presencia? Sal de aquí y vete al fuego del infierno que tienes bien merecido”. El joven imploró la misericordia de la Virgen, y vuelto a unas personas que se hallaban en el salón les rogó que unieran sus oraciones a las de él. Así lo hicieron, pero la Santísima Virgen les dijo: “¿Ignoráis la vida licenciosa que ha llevado sin haberse dignado siquiera rezar una Ave María?” Los abogados le dijeron: “Señora, ya cambiará de vida”. A lo que el joven añadió: “Prometo enmendarme de veras y seré tu fiel y leal servidor”. Mitigando entonces la Virgen su severidad, le contestó: “Está bien, acepto tu promesa, séme fiel, recibe mi bendición, para que te veas libre de morir en pecado y del infierno”. Dicho esto, desapareció la visión. Volviendo Eskil de su visión, refirió a los demás la gracia que de María había recibido. Desde entonces comenzó a llevar una vida santa, alimentando siempre en su corazón un grande y tierno amor a María. Más tarde fue nombrado arzobispo de Luna, en Dinamarca, donde convirtió a muchos infieles. Ya mayor, renunció a la mitra y se hizo monje de Claraval donde vivió cuatro años más, al cabo de los cuales murió con la muerte de los justos. Algunos autores lo cuentan entre los santos del Cister.

#### ORACIÓN CONFIADA PARA PEDIR LA PROPIA CONVERSIÓN

¡Santa y celestial niña!  
 Tú que eres la elegida por Madre de mi Redentor  
 y la augusta medianera de los pobres pecadores,  
 ten piedad de mí.  
 Mira postrado a tus pies a otro ingrato,  
 que a ti recurre en demanda de piedad.

Verdad es que por mis ingratitudes  
 contra Dios y contra ti,  
 merecía ser de Dios y de ti desamparado;  
 pero oigo decir y así lo siento,



sabiendo que es inmensa tu misericordia,  
que no te niegas a ayudar  
al que a ti se encomienda confiado.

Tú eres la criatura más excelsa del mundo,  
pues sobre ti sólo está Dios,  
y ante ti, son pequeños  
los más encumbrados de los cielos;  
María, la más santa entre los santos,  
abismo de gracias y llena de gracia,  
socorre a un miserable  
que la ha perdido por su culpa.

Yo sé que eres tan amada de Dios,  
que él nada te puede negar.  
Y sé también que disfrutas  
empleando toda tu grandeza  
en aliviar a miserables pecadores.

Hazme ver, Señora,  
el gran poder que tienes ante Dios  
consiguiéndome una luz  
y una llama divina tan potente,  
que me transforme de pecador en santo,  
y que, arrancándome de todo afecto terreno,  
me inflame del todo en el divino amor.  
Señora, hazlo, por amor de ese Dios  
que te ha hecho tan grande,  
tan poderosa y tan piadosa.  
Así lo espero, así sea.

Rezar tres Avemarias.

### **DÍA 25: Visión de sor Dominica del Paraíso**

Se lee en la vida de sor Dominica del Paraíso, escrita por el P. Ignacio de Niente, dominico, que en un pueblecito llamado Paraíso, cerca de Florencia, nació esta virgencita de padres pobres. Desde muy niña comenzó a servir a la Madre de Dios. Ayunaba en su honor todos los días de la semana y los sábados daba a los pobres el alimento que se había quitado de la boca, y esos mismos días recogía en el huerto y por los campos todas las flores que podía y se las ponía a una imagen de la Virgen con el niño que tenía en casa.

Veamos con cuántos favores recompensó esta agradecidísima Señora los obsequios que su sierva le ofrecía. Estaba un día, cuando tenía los diez años, asomada a la ventana, cuando vio en la calle una señora de noble aspecto y un niño con ella, y los dos extendían la mano en gesto de pedir limosna. Fue a buscar el pan, y sin que abriera la puerta los vio delante de sí, y advirtió que el niño traía llagados el costado, los pies y las manos. “Decidme, señora –preguntó

Dominica–, ¿quién ha maltratado a este niño de tal modo?” Repuso la madre: “Ha sido el amor”. Dominica, encantada de la incomparable belleza y angelical modestia del niño le preguntó si le dolían mucho las llagas. El niño le respondió con una celestial sonrisa. La señora, mirando una imagen de María con el niño en los brazos, preguntó a Dominica: “Dime, hija mía, ¿quién te mueve a coronarla de flores?” “Me mueve, señora –respondió la niña– el amor que tengo a Jesús y a María”. “¿Cuánto los amas?” “Los amo cuanto puedo”. “Y ¿cuánto puedes?” “Cuanto ellos me ayudan”. “Prosigue, hija mía –acabó diciendo la señora–, prosigue amándolos, que ya verás cómo te lo premian en el cielo”.

La niña comenzó a sentir un suavísimo olor que salía de las llagas del niño. “Señora –preguntó a la madre–, ¿con qué ungüento le unguís las llagas? ¿Se puede comprar?” “Se puede comprar –le respondió la señora– con fe y buenas obras”. Entonces Dominica le ofreció un pan. “Este niño –repuso la madre– se alimenta con amor; dile que amas a Jesús, y te colmará de gozo”. El niño, al oír la palabra amor, se mostró muy contento y dirigiéndose a Dominica le preguntó: “¿Cuánto amas a Jesús?” “Le amo tanto –contestó la niña– que día y noche estoy pensando en él y todo mi afán es darle gusto en todo lo que pueda”. “Ámalo mucho –respondió el niño– que el amor te enseñará lo que debes hacer para agradarle”. Se iba acrecentando la intensidad del aroma de las llagas, hasta que Dominica, fuera de sí, exclamó: “Dios mío, esta fragancia me va a hacer morir de amor. Si tan suave es este aroma, ¿cómo será el del paraíso?” De pronto, se trocó la escena: la madre apareció ataviada como una reina vestida de clarísima luz; el niño muy hermoso y bello, del todo resplandeciente. Tomó las flores de la imagen de la Virgen y las esparció sobre la cabeza de Dominica. Ella, al reconocer a Jesús y a María, se postró en tierra como extasiada, adorándolos.

Andando el tiempo, la joven tomó el hábito de santo Domingo. Murió en olor de santidad el año 1553.

#### ORACIÓN DE ENTREGA TOTAL A DIOS

Santa María, que desde niña,  
fuiste la criatura más amada de Dios.  
Así como al presentarte en el templo  
te consagraste pronto y del todo,  
a la gloria y amor de tu Señor,  
así quisiera yo ofrecerte  
los primeros años de mi vida,  
y consagrarme por entero a tu servicio,  
santa y dulce Señora.

Pero son vanos mis deseos  
cuando he perdido tantos años  
sirviendo al mundo y sus caprichos  
despreocupado de Dios y de ti.  
Detesto el tiempo en que viví sin amarte.  
Pero mejor comenzar tarde que nunca.

Ante ti me presento, María,  
y me consagro para siempre a tu servicio.  
Como tú, quiero entregarme al Creador.

Te consagro, Reina mía, mi entendimiento  
para pensar siempre en el amor que mereces,  
te consagro mi lengua para alabarte  
y mi corazón para amarte.

Acepta, Virgen bendita, la ofrenda  
que este pobre pecador te presenta.  
Acéptala por la inefable alegría  
que sintió tu corazón  
al consagrarte a Dios en el templo.  
Si tarde me pongo a servirte,  
debo recuperar el tiempo perdido  
redoblando mi amor y mis obsequios.

Ayúdame con tu poderosa intercesión.  
Madre de misericordia, fortalece mi flaqueza;  
alcánzame de Jesús perseverancia  
y valor para serte siempre fiel.  
Que habiéndote servido en esta vida,  
pueda ir a bendecirte  
y alabarte por siempre en el cielo. Amén.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 26: El rezo del Ave María transforma a un joven**

Es famoso lo que refiere el P. Señeri en su libro “El Cristiano Instruido”. El P. Nicolás Zuchi fue a confesar en Roma a un joven cargado de pecados deshonestos y malos hábitos. El confesor lo acogió con caridad, y compadecido de su estado lamentable, le dijo que la devoción a nuestra Señora podía librarlo de ese malhadado vicio, y le impuso de penitencia que hasta la próxima confesión, cada mañana y por la noche, al levantarse y antes de acostarse rezara un Ave María a la Virgen, ofreciéndole sus ojos, sus manos y todo su cuerpo, pidiéndole que le custodiara como suyo, y que besara tres veces el suelo. El joven practicó la penitencia, al principio con poca enmienda. Pero el padre continuó inculcándole que no dejara esa costumbre piadosa, animándole a confiar en la protección de la Virgen.

Andando el tiempo, el joven penitente se fue con otros compañeros a recorrer mundo durante varios años. Vuelto a Roma, fue en busca de su confesor, el cual, con gran júbilo y asombro, lo encontró del todo cambiado y libre de las antiguas manchas. “Pero hijo, ¿cómo has obtenido de Dios tan hermosa transformación?” “Padre –le dijo el joven–, nuestra Señora me consiguió la gracia debido a aquella devoción que me enseñó”.

Y no acaban aquí las cosas portentosas. El mismo confesor narró desde el púlpito el suceso. Lo oyó un capitán que, desde hacía muchos años vivía en mal estado con una mujer. Él también se resolvió a practicar la misma devoción para librarse de aquella terrible cadena que lo tenía esclavo del demonio. Esta intención de librarse del pecado es necesario tener para que la Virgen pueda ayudar al pecador. Pero ¿qué pasó? Al cabo de medio año, presumiendo el capitán de sus propias fuerzas se dirigió en busca de aquella mujer para ver si ella también había

cambiado de vida. Pero al llegar a la puerta de aquella casa donde corría manifiesto peligro de volver a pecar, se siente rechazado por una fuerza invisible y se encontró a más de cien metros de aquella casa y fue dejado a la puerta de la suya. Comprendió con toda claridad que María lo había librado de la perdición. De esto se deduce cuán solícita es nuestra buena Madre, no sólo para sacarnos del pecado si con esta buena intención nos encomendamos a ella, sino también para librarnos del peligro de nuevas caídas.

### ORACIÓN PIDIENDO EL FAVOR DE MARÍA

Inmaculada Virgen y Madre mía, María,  
criatura la más humilde y la mayor ante Dios,  
Él te exaltó hasta hacerte Madre suya y Reina del cielo.  
¡Bendito sea Dios que quiso ensalzarte tanto!

Desde mi reconocida indignidad me atrevo a saludarte:  
"Dios te salve, María, llena eres de gracia..."  
Tú que posees la plenitud de gracia, dame parte de ella.

"El Señor está contigo..."  
ya desde que te creó, y por entero al hacerse Hijo tuyo.

"Bendita tú entre todas las mujeres..."  
alcánzame del Señor su divina bendición.

"Y bendito es el fruto de tu vientre..."  
¡Venerable planta que diste al mundo  
fruto tan noble y santo!

"Santa María, Madre de Dios..."  
me asombra la grandeza de tu maternidad divina,  
y estoy dispuesto a morir por defender esta verdad.

"Ruega por nosotros, pecadores..."  
al ser Madre de Dios, eres Madre de nuestra salvación,  
porque Dios se hizo hombre en ti para salvarnos,  
tu oración de Madre por nosotros todo lo puede.

"Ahora y en la hora de nuestra muerte..."  
Ayúdanos en el presente cargado de peligros,  
pero aún más en nuestra última hora.  
Salvados por los méritos de Jesucristo y con tu intercesión,  
podremos saludarte y alabarte con tu Hijo en el cielo.  
Amén.

Rezar tres Avemarías.

<b>DÍA 27: Milagrosa hospitalidad de María a dos religiosos</b>
---

Refieren las Crónicas Franciscanas que, yendo dos frailes a visitar un santuario de la Virgen, les sorprendió la noche en la espesura de un bosque. Aunque llenos de miedo y angustia, se resolvieron a seguir adelante. Poco después creen ver una casa. Llegan, llaman a la puerta, y desde dentro preguntan: “¿Quién va!” “Somos unos frailes que vamos en peregrinación; hemos sido sorprendidos por la noche en el bosque y buscamos albergue”. Se abre la puerta y los reciben con toda cortesía dos pajes ricamente ataviados. Los frailes les preguntaron quién vivía en aquella mansión. Los pajes les contestaron que allí vivía una señora sumamente piadosa. “Quisiéramos darle las gracias por su generosa hospitalidad...” “Vamos a saludarla –dijeron los pajes– porque la señora gustará de hablaros”. Al subir las escaleras vieron todas las habitaciones iluminadas y ricamente amuebladas. En ellas se respiraba una fragancia desconocida. En la mejor de las estancias estaba la señora de porte muy distinguido y sumamente hermosa, que los recibió con gran afabilidad y cortesía. Les preguntó por el objetivo de su viaje, a lo que respondieron los frailes: “Vamos en peregrinación al santuario de María”. “En ese caso –repuso la señora– cuando os vayáis, os daré una carta que os será de mucho provecho”. Mientras les hablaba la señora, se sentían inflamados en amor de Dios, gozando de una alegría hasta entonces desconocida. Después se retiraron a descansar, pero apenas pudieron conciliar el sueño por la dicha que inundaba sus corazones.

A la mañana siguiente, después de despedirse de la señora dándole las gracias por tal acogida, siguieron su camino. Apenas se habían alejado un corto espacio de la casa, advirtieron que la carta de la señora no tenía dirección. Volvieron sobre sus pasos buscando la casa de la señora, pero no dieron con ella. Abrieron finalmente la carta para ver a quién iba dirigida, y vieron que iba dirigida a ellos mismos y que era de la Virgen santísima. Por el contenido se dieron cuenta que la señora con quien habían hablado la noche pasada y que los había alojado, era la Virgen María, quien por la devoción que le tenían, les había deparado en medio del bosque hospedaje y alimento. Les exhortaba a que siguieran sirviéndola, que ella los socorrería toda la vida. ¿Quién podrá describir las acciones de gracias que aquellos buenos religiosos tributaron a la Madre de Dios? ¿Quién podrá expresar cómo se les acrecentaron los deseos de amarla siempre y de servirla?

#### ORACIÓN PIDIENDO LA INTERCESIÓN DE MARÍA

¡Virgen Inmaculada y bendita!  
 Eres la universal dispensadora  
 de todas las gracias divinas,  
 con razón te puedo llamar  
 la esperanza de todos, mi esperanza.

Bendigo al Señor porque me muestra  
 el modo de alcanzar la gracia y salvarme.  
 Este medio eres tú, santa Madre de Dios.  
 Por los méritos de Jesús, ante todo,  
 me he de salvar; y después,  
 por tu poderosa intercesión.

Reina mía, ya que acudiste presurosa  
a santificar la casa de Isabel,  
visita presto la pobre casa de mi alma.  
Apresúrate, pues mejor que yo sabes  
lo pobre que está y los males que me agobian:  
afectos desordenados, hábitos depravados,  
pecados sin cuento, y mil enfermedades  
capaces de causarme la muerte eterna.

Pero tú, tesorera de Dios,  
puedes enriquecerla con todos los bienes  
y curarla de toda dolencia.  
Visítame durante la vida, y sobre todo,  
visítame en la hora de la muerte,  
cuando me será más necesaria tu ayuda.

Como indigno que soy, no pretendo  
que me visites con tu presencia,  
como lo has hecho con otros devotos tuyos.  
Me contento con que ruegues por mí  
y me visites con tu misericordia  
para ir a contemplarte en el cielo,  
para amarte con toda el alma  
y agradecerte todos tus beneficios.

Ruega por mí, María,  
encomiéndame a tu Hijo.  
Mejor que yo conoces  
mis miserias y necesidades.  
¿Qué más te puedo suplicar  
sino que tengas compasión de mí?  
Es tan grande mi ignorancia,  
que no sé pedir lo que necesito.

Dulce Reina mía, María,  
píde y alcánzame de tu Hijo  
las gracias más convenientes  
y más necesarias para mi alma;  
del todo me abandono en tus manos  
pidiendo a la Divina Majestad,  
que por los méritos de Jesús, mi Salvador,  
me conceda las gracias que tú le pidas.

Píde por mí, Virgen santísima  
lo que más me conviene.  
Tus oraciones, siempre las escucha Dios  
porque son plegarias de Madre

para con el Hijo que tanto te ama  
y goza en otorgarte lo que pides  
para mejor honrarte y mostrar su amor a ti.  
En esto quedamos, Señora:  
Yo vivo confiando en ti.  
Preocúpate por salvarme. Amén.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 28: Un convertido por su devoción a los dolores de María**

Este ejemplo no está en los libros, sino que me lo ha referido un sacerdote compañero mío como acaecido a él mismo. Mientras este sacerdote estaba confesando en una iglesia –no se dice la ciudad por prudencia, aunque el penitente dio licencia para publicar su caso– se colocó al frente de él un joven que parecía titubear entre confesarse y no confesarse. Mirándolo el padre varias veces, al fin lo llamó y le preguntó si deseaba confesarse. Respondió que sí, pero como la confesión parecía que iba a ser larga, el confesor se fue con él a una habitación aislada.

El penitente comenzó por decirle que era un noble forastero y que no comprendía cómo Dios le podía perdonar con la vida que había llevado. Además de los incontables pecados deshonestos, homicidios y demás, le dijo que habiendo desesperado de su salvación se había dedicado a pecar, no tanto por satisfacción cuanto por desprecio a Dios y por el odio que le tenía. Dijo que poco antes, esa misma mañana, había ido a comulgar; pero ¿para qué? Para pisotear la hostia consagrada. Y que, en efecto, habiendo comulgado, iba a ejecutar su horrendo pensamiento, pero no pudo hacerlo porque le veía la gente. Y en ese momento entregó al sacerdote la santa hostia envuelta en un papel. Le contó después que pasando por delante de aquella iglesia había sentido un impulso muy grande de entrar, y que no pudiendo resistir había entrado. Después le había acometido un gran remordimiento de conciencia con un deseo confuso de confesarse, que por eso se había puesto ante el confesionario; pero estando allí era tanta su confusión y desconfianza que quería marcharse, pero parecía como si alguien le retuviera a la fuerza; hasta que usted, padre, me llamó. Ahora me encuentro aquí para confesarme, pero no sé cómo.

El padre le preguntó si había tenido alguna devoción a la Virgen María durante ese tiempo, porque tales golpes de conversión no suceden sino por las poderosas manos de María. “¿Qué devoción podía tener? Nada, padre; yo estaba condenado”. Pero metiendo la mano en el pecho, notó que tenía el escapulario de la Virgen Dolorosa. “Hijo –continuó el confesor–, ¿no ves que la Virgen es la que te ha otorgado esta gracia? Y has de saber que esta iglesia está consagrada a la Virgen”. Al oír esto el joven se enterneció, comenzó a compungirse y a llorar. Mientras manifestaba sus pecados creció a tal punto su compunción y llanto, que se desmayó. El padre lo reanimó y finalmente acabó la confesión, lo absolvió con gran consuelo, y del todo contrito y resuelto a cambiar de vida se despidió para volver a su patria, dando licencia al confesor para anunciar públicamente la gran misericordia que con él había tenido María.

### **ORACIÓN DE OFRECIMIENTO A DIOS**

Santa Madre de Dios y Madre mía, María.  
¿Tanto te interesaste por mi salvación

que llegaste a ofrecer al sacrificio  
 lo más querido para tu corazón,  
 a tu adorado Jesús?  
 Si tanto deseas que me salve,  
 con razón pongo en ti mi confianza  
 después de colocarla en Dios.

Virgen bendita, en ti confío del todo.  
 Por el mérito del gran sacrificio  
 que en este día ofreciste a Dios  
 al entregarle la vida de tu Hijo,  
 ruégale que tenga piedad de mi alma  
 por la que este cordero inmaculado  
 quiso morir en la cruz.

Quisiera, Reina mía, en este día,  
 a semejanza tuya,  
 ofrecer a Dios mi pobre corazón;  
 mas temo que lo rechace  
 al verlo tan enfangado y sucio.  
 Pero si tú se lo ofreces  
 no lo rehusará, pues las ofrendas  
 que le llegan en tus manos,  
 todas las recibe y agradece.

Me presento, María, para consagrarme a ti;  
 ofréceme al eterno Padre,  
 junto con Jesús,  
 como algo que te pertenece;  
 y ruégale que por los méritos de tu Hijo  
 y en consideración a ti,  
 me acepte y me tome por suyo.  
 Madre mía dulcísima,  
 por el amor de tu Hijo sacrificado  
 ayúdame siempre y no me abandones.

No permitas que a mi Redentor  
 tan amable, y por ti ofrecido,  
 lo vaya a perder por mis pecados.  
 Dile que soy tu siervo; dile que en ti  
 tengo depositada mi esperanza;  
 dile, en fin, que quieres mi salvación;  
 que él seguro te habrá de escuchar. Amén.

Rezar tres Avemarias.



<b>DÍA 29: Muerte dichosa de san Estanislao de Kostka</b>
---

Mientras vivía este santo joven, consagrado por completo al amor de María, sucedió que el primero de agosto de aquel año oyó un sermón del P. Pedro Canisio en el que éste, predicando a los novicios de la Compañía de Jesús, inculcó a todos el gran consejo de vivir cada día como si fuera el último de su vida, después del cual dijo san Estanislao a sus compañeros que aquel consejo tan especial para él había sido como la voz de Dios, pues iba a morir ese mismo mes. Dijo esto o porque Dios se lo reveló o porque tuvo una especie de presentimiento interior, como se verá por lo que acaeció. Cuatro días después fue, en compañía del P. Sa, a Santa María la Mayor, y hablando de la próxima fiesta de la Asunción le dijo: “Padre, yo pienso que en ese día se ve en el cielo un nuevo paraíso al contemplarse la gloria de la Madre de Dios coronada como reina del cielo y de la tierra y colocada muy cerca del Señor sobre todos los coros de los ángeles. Y si es verdad que todos los años, como lo tengo por cierto, se renueva la fiesta en el cielo, espero presenciar la de este año en el paraíso”. Habéndole tocado en suerte a san Estanislao por su protector del mes el glorioso mártir san Lorenzo, ese día escribió una carta a su madre María en que rogaba le obtuviera la gracia de contemplar su fiesta en el paraíso. El día de san Lorenzo comulgó y suplicó al santo que presentara aquella carta a la Madre de Dios interponiendo su intercesión para que María santísima le escuchase. Y he aquí que al terminar el día tuvo un poco de fiebre, que aunque ligera él tomó como señal cierta de que había obtenido la gracia de la próxima muerte. Al acostarse dijo, sonriente y jubiloso: “Ya no me levantaré de esta cama”. Y al padre Acquaviva le añadió: “Padre mío, creo que san Lorenzo me ha obtenido de María la gracia de encontrarme en el cielo en la fiesta de la Asunción”. Pero nadie hizo caso de estas cosas. Llegó la vigilia de la fiesta y el mal seguía leve, pero el santo le dijo a un hermano que la noche siguiente ya estaría muerto, a lo que el hermano le respondió: “Más milagro se requiere para morir de tan pequeño mal que para curar”. Pero pasado el mediodía le asaltó un mortal desfallecimiento, con sudor frío y decaimiento general de fuerzas. Acudió el superior, al que Estanislao suplicó le hiciera poner sobre la tierra desnuda para morir como penitente. Para contentarlo, lo pusieron en el suelo sobre una estera. Luego se confesó y recibió el santo viático, no sin lágrimas de los presentes, pues al entrar en la estancia el Santísimo Sacramento lo vieron resplandeciente y destellando por los ojos celestial alegría y la cara inflamada de santo ardor que lo asemejaba a un serafín. Recibió también la santa unción, y entre tanto alzaba los ojos al cielo y otras veces contemplaba y estrechaba con afecto contra su pecho la imagen de María. Le dijo un padre que para qué aquel rosario en la mano si no podía rezarlo, y le respondió: “Me sirve de consuelo siendo cosa de la Virgen María”. “Cuánto más –le respondió el padre– le consolará el verla y besar su mano en el cielo”. Entonces el santo, con el rostro arbolado, elevó las manos, manifestando de ese modo el ansia de encontrarse presto en su presencia. Luego se le apareció su amada Madre, como él mismo lo declaró a los presentes, y poco antes del alba del día 15 de agosto expiró sin estertores, como un santo, con los ojos fijos en el cielo. Los presentes le acercaron la imagen de la Virgen y viendo que no hacía ninguna demostración comprendieron que su alma había volado al cielo junto a su amada Reina.

#### ORACIÓN CONFIANDO EN LA PROTECCIÓN DE MARÍA

María, señora y madre nuestra,  
has dejado la tierra y subido al cielo,  
donde estás sentada como reina

sobre los coros de los ángeles.  
 Como de ti canta la Iglesia:  
 "Has sido exaltada sobre los coros angélicos  
 en el reino celestial".

Nosotros, pecadores, sabemos  
 que no somos dignos de tenerte  
 en este valle de tinieblas.  
 Pero sabemos también que en tu grandeza  
 no te has olvidado  
 de nosotros, miserables pecadores;  
 y con ser sublimada a tanta gloria,  
 no se ha perdido sino acrecentado  
 tu compasión hacia nosotros,  
 los pobres hijos de Adán.

Desde tu excelso trono de reina  
 vuelve, María, hacia nosotros  
 esos tus ojos misericordiosos  
 y ten piedad de nosotros.  
 Recuerda que al dejar esta tierra  
 prometiste acordarte de nosotros.  
 Míranos y socórrenos.  
 Ya ves cuántas tempestades  
 tendremos que arrostrar  
 hasta que lleguemos al final de nuestra vida.

Por los méritos de tu ascensión, consíguenos  
 la santa perseverancia en la amistad divina  
 para que salgamos finalmente de este mundo  
 en la gracia de Dios  
 y así podamos llegar un día  
 a besar tus plantas en el paraíso  
 y, unidos a los bienaventurados,  
 alabar y cantar tus glorias  
 como lo mereces. Amén.

Rezar tres Avemarías.

<b>DÍA 30: Aparición de María a un devoto suyo</b>
--

Refiere el P. Silvano Razzi que un devoto clérigo, muy amante de nuestra reina María, habiendo oído alabar tanto su belleza, deseaba ardientemente contemplar, siquiera una vez, a su señora, y humildemente le pedía esta gracia. La piadosa Madre le mandó a decir por un ángel que quería complacerlo dejándose ver de él, pero haciendo el pacto de que en cuanto la viera se quedaría ciego. El devoto clérigo aceptó la condición. Un día, de pronto, se le apareció la Virgen;

y él, para no quedar ciego del todo, quiso mirarla tan sólo con un ojo; pero enseguida, embriagado de la belleza de María, deseó contemplarla con los dos, mas antes de que lo hiciera desapareció la visión.

Sin la presencia de su reina estaba afligido y no cesaba de llorar, no por la vista perdida de un ojo, sino por no haberla contemplado con los dos. Por lo que la suplicaba que se le volviera a aparecer aunque se quedara ciego del todo. Y le decía: Feliz y contento perderé la vista, oh señora mía, por tan hermosa causa, pues quedaré más enamorado de ti y de tu hermosura. De nuevo quiso complacerle María y consolarlo con su presencia; pero como esta reina tan amable no es capaz de hacerle mal a nadie, al aparecerse la segunda vez no sólo no le quitó la vista del todo, sino que le devolvió la que le faltaba.

### ORACIÓN PIDIENDO TODO DON POR MARÍA

Gloriosa y excelsa Señora,  
postrados ante tu trono te veneramos  
desde este valle de lágrimas.  
Vemos complacidos la inmensa gloria  
con que te ha enriquecido el Señor.  
Ya que eres reina del cielo y de la tierra,  
no te olvides de tus pobres siervos.

Cuanto más cerca estás del manantial de gracia,  
más fácilmente nos la puedes otorgar.  
Desde el cielo conoces mejor nuestras miserias,  
por eso es preciso que te apiades más  
y que nos socorras mejor.  
Haz que seamos tus siervos fieles  
para llegar a bendecirte en el cielo.

En este día en que has sido hecha  
la reina del universo,  
nosotros nos consagramos a tu servicio.  
En medio de tanto júbilo  
consuélanos al tomarnos por vasallos.  
Tú eres de veras nuestra madre.

Madre piadosa y la más amable,  
vemos tus altares cercados de gente:  
unos te piden la curación de sus males  
y otros remedios a sus necesidades;  
éstos piden buenas cosechas,  
aquellos ganar algún pleito.  
Nosotros, te pedimos gracias  
más agradables a tu corazón:  
obtennos la gracia de ser humildes,  
desprendidos de los bienes terrenos  
y conformes con el divino querer.

Consíguenos el santo amor de Dios,  
una buena muerte y el paraíso.  
Señora, cámbianos de pecadores en santos,  
haz de este milagro que te dará más gloria  
que dar vista a mil ciegos  
y resucitar a miles de muertos.

Eres tan poderosa para con Dios  
que basta que le digas que eres su Madre,  
la más amada, la llena de gracia.  
Y entonces, ¿qué te podrá negar?

Reina nuestra amorosa,  
no pretendemos verte en la tierra,  
pero sí queremos verte en el paraíso;  
y tú nos lo has de obtener.  
Así lo esperamos con toda certeza. Amén.

Rezar tres Avemarías.

### **DÍA 31: Conversión en la hora de la muerte**

Se refiere en las Revelaciones de santa Brígida que había un caballero cuya liviandad y dañadas costumbres corrían parejas con la nobleza de su cuna. Por pacto expreso se había entregado en cuerpo y alma al demonio y por espacio de sesenta años había servido como vil esclavo a su infernal señor alejado de los sacramentos y con una vida rota y descompuesta.

Al fin el hombre cayó enfermo, y Jesucristo, queriendo usar de misericordia con él, dijo a santa Brígida, que mandara a su confesor a visitarlo y le exhortara a confesarse.

El confesor de la santa fue a ver al paciente, el cual le dijo que no tenía necesidad pues se había confesado muchas veces. Fue segunda vez el confesor, y segunda vez, el esclavo de satanás rehusó confesarse. De nuevo se apareció el Señor a santa Brígida pidiéndole que de nuevo fuera el sacerdote a visitar al anciano enfermo. Volvió a verlo por tercera vez y le dijo que había vuelto tantas veces en nombre de Jesucristo, porque así lo había pedido a su sierva Brígida para ser instrumento de sus misericordias. Estas palabras enternecieron al pobre enfermo y rompió a llorar diciendo: “Pero ¿hay perdón para mí que durante sesenta años he sido esclavo de satanás y he manchado mi alma con innumerables pecados?” “Ten ánimo, hijo mío –le dijo el sacerdote– no dudes de alcanzar misericordia; basta que te arrepientas para que yo, en nombre de Jesucristo, te perdone”. Abriendo el pecador su corazón a la confianza, dijo al confesor: “Padre, yo me tenía ya por condenado y estaba desesperado de mi salvación, pero ahora siento tan gran dolor de mis pecados que me da aliento para esperar de Dios el perdón. Ya que el Señor no me ha abandonado, quiero ahora mismo confesarme”. Se confesó aquel día cuatro veces con gran dolor; al día siguiente recibió la Sagrada Comunión. No había pasado una semana cuando murió tranquilo y resignado. Poco después le reveló Jesucristo a santa Brígida que aquel hombre se había salvado, y que estaba en el purgatorio. Y le dijo más: que se había salvado merced a intercesión de su santísima Madre, porque, en medio de sus desórdenes y pecados, había

conservado siempre la devoción a sus dolores, pues cada vez que pensaba en ellos no podía dejar de compadecerse de ella.

### ORACIÓN PIDIENDO A MARÍA TRES FAVORES

Madre mía afligida,  
reina de los mártires y de los dolores,  
que tanto has llorado a tu Hijo,  
muerto por mi salvación.  
¿De qué me servirían tus lágrimas  
si llegara a condenarme?

Por los méritos de tus dolores  
alcánzame el dolor de mis pecados,  
y verdadera enmienda de mi vida,  
con una constante y tierna compasión  
de la Pasión de Jesús  
y de tus sufrimientos.  
Si Jesús y tú, siendo inocentes,  
tanto habéis sufrido por mí,  
obtenedme que sepa sufrir por vuestro amor.

Señora mía, si te ofendí,  
justo es que hieras mi corazón.  
Y si fiel te he servido,  
hiérello también por especial favor.  
Es injusto ver a mi Jesús herido  
y a ti, que estás también con él, herida,  
y yo, en cambio, encontrarme ileso.  
Por la angustia que sentiste, Madre mía,  
al contemplar a tu Hijo,  
abrumado de penas, muriendo en la cruz,  
te suplico me obtengas  
la gracia de una buena muerte.

Abogada de los pecadores,  
no dejes de asistirme  
cuando, afligido y conturbado,  
esté para pasar a la eternidad.  
Os invoco ahora por si no tengo voz  
para invocar el nombre de Jesús y el tuyo,  
y pido a tu Hijo y a ti me socorráis  
en el último instante, y ahora digo:  
Jesús y María, mi esperanza,  
a vosotros encomiendo el alma mía. Amén.

Rezar tres Avemarías.